

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



A LOS 40 AÑOS DEL CONCILIO VATICANO II



Encíclica «Deus caritas est», de Benedicto XVI

El Concilio Vaticano II y la consagración de los laicos

La índole escatológica de la Iglesia peregrinante

La Epifanía y la huida a Egipto

Benedicto XIII y la fiesta del Sagrado Corazón

«Lo que principalmente atañe al Concilio ecuménico es esto: que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz.» (Juan XXIII, 11 de octubre de 1962)

Sumario

Primera encíclica del papa Benedicto XVI: «Deus caritas est»	3
A los 40 años del Concilio Vaticano II. El principal objetivo del Concilio. Discurso de Juan XXIII, en la inauguración del Concilio Vaticano II (11 de octubre de 1962)	5
A los 40 años del Concilio Vaticano II. María, Madre de la Iglesia. Discurso de Pablo VI al final de la tercera sesión del Concilio Vaticano II (21 de noviembre de 1964)	9
A los 40 años del Concilio Vaticano II. El Concilio Vaticano II y la consagración de los laicos <i>Gerardo Manresa</i>	10
A los 40 años del Concilio Vaticano II. Índole escatológica de la Iglesia peregrinante <i>José M.ª Petit Sullá</i>	14
La realeza de Cristo frente al laicismo <i>José M.ª Bover, S.I.</i>	20
Los ángeles «psycogogos» (II). Testimonios de la antigüedad cristiana <i>Guillermo Pons Pons</i>	21
¿Quién es Jesús? <i>Juan Ramón Zabalegui</i>	25
Contemplando la vida de Cristo. La Epifanía y la huida a Egipto <i>Ramón Gelpí</i>	31
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XXIV). Benedicto XIII, el primer papa que quiso introducir la fiesta del Corazón de Jesús en la Iglesia <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	33
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	37
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	38
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent-Santiago Alsina</i>	40
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	42
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	43
Hace 60 años <i>J. M.ª P. S.</i>	45

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

HEMOS elegido como tema monográfico de este número el cuarenta aniversario de la clausura del concilio Vaticano II, el que resulta ser el vigesimoprimer de todos los concilios ecuménicos que ha habido en la Iglesia y que, como dijo Pablo VI venía a ser la continuación del Vaticano I, bruscamente interrumpido el 18 de julio de 1870 con la ocupación de Roma, capital de los estados Pontificios, por las tropas nacionalistas italianas.

Por esta razón el primer tema que debía abordar en profundidad era el desarrollo completo de la naturaleza y misión de la Iglesia, establecido ya por el anterior concilio, la naturaleza y potestad del Sumo Pontífice. Este esquema inicial se desdobra en dos: la Iglesia en sí misma considerada, como el Pueblo de Dios, sacramento de salvación y la Iglesia en su relación con el mundo en el que vive y al que está destinada para convertirlo en familia de Dios.

Del concilio hemos querido destacar dos temas íntimamente relacionados con el lema de nuestra revista y con aquel ideal que expresa el Apostolado de la Oración al ofrecer todos los actos de la vida de los cristianos para el advenimiento del Reino de Dios a los hombres. En el próximo seguiremos abordando todavía algunos aspectos de perenne actualidad derivados de la enseñanza conciliar.

Hemos demorado algo la publicación de este número de enero en espera de poseer la primera encíclica de Benedicto XVI aparecida el 25 de este mes, aunque firmada por el papa el día 25 de diciembre del pasado año, solemnidad central de la Natividad del Señor. El texto papal, centrado en la realidad intrínseca y difusiva de que Dios es amor, según la enseñanza del apóstol Juan, desgrana todos los elementos de una piadosa reflexión sobre el misterio central de nuestra fe. Todo, en efecto, se reduce al amor. Y no sólo Dios pide ser amado sino que, antes, ya nos ama. Y nos ama incluso con amor de sentimiento y no sólo de voluntad. Esto se entiende muy bien desde las encíclicas pontificias sobre la devoción al Sagrado Corazón.

Amor a Dios y amor al prójimo, el que Dios nos pone cerca, por amor de Dios, esto es, porque antes de dar amor hemos recibido amor de la fuente divina del amor manifestado de modo culminante en el Corazón abierto de Jesús. La encíclica es una verdadera síntesis que invita no sólo a la reflexión sino también a la piedad, centrada primordialmente en la contemplación del amor extremo manifestado por Jesús, el Hombre-Dios en la cruz y en el agapé de la Eucaristía y volcada a hacer el servicio de la caridad hacia los hermanos, que siempre será intrínseco en la Iglesia. La Iglesia, distinta del Estado, pero en inseparable relación, desde sus planos respectivos. Al ejercer la caridad con los más necesitados la Iglesia no usurpa sino que da sentido y finalidad a la acción social propia del poder político. Sin verdadero amor no hay auténtica preocupación por los necesitados.

No nos olvidamos de que acabamos de celebrar la Epifanía del Señor, y a ella dedicamos dos artículos. Invitamos también a la lectura del artículo sobre los verdaderos amigos del Corazón de Jesús.

Primera encíclica del papa Benedicto XVI: «Deus caritas est»

LA encíclica *Deus caritas est* constituye la primera encíclica del papa Benedicto XVI. El centro de la misma es lógicamente el amor como expresión más profunda de la naturaleza de Dios y también como expresión más sintética del mandamiento que Dios ha dado a los hombres. Como dice el pontífice, «puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo un “mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro».

Recuerda el pontífice que el término *amor* se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas pero también de las que más se abusa. La encíclica se entretiene en un análisis más bien filosófico en la diferencia entre *eros* y *agapé*. El *eros* se ha de entender como un arrebatado, una «locura divina» que prevalece sobre la razón, a fin de hacerle experimentar la dicha más alta. Se celebraba entre los paganos como una fuerza divina, como una comunión con la divinidad. Dice el pontífice que esta comprensión del amor se supera cuando se afirma que el hombre es realmente él mismo por formar una unidad íntima entre alma y cuerpo. El *eros* degradado a puro sexo, dice el papa, se convierte en mercancía, en simple objeto que se puede comprar y vender. En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, relegado a lo puramente biológico. La fe cristiana, continúa el papa, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma. Aunque ciertamente el amor es éxtasis, no lo es en el sentido de arrebatado momentáneo, sino el camino permanente hacia su liberación en la entrega de sí. «El que pretenda guardar su vida, la perderá, y el que la pierda, la recobrará» (Lc 17,33), dice Jesús en una sentencia repetida en otros pasajes evangélicos. Jesús describe su propio itinerario que a través de la cruz lleva a la resurrección, el grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante.

Al amor fundado en la fe se le ha llamado *agapé*. Así como el *eros* es este amor ascendente, el *agapé* se vincula más con el amor descendente. En la realidad cristiana *eros* y *agapé* –amor ascendente y amor descendente– nunca llegan a separarse completamente. En verdad, quien quiera dar amor, debe a su vez recibirlo como don. El hombre para convertirse en dador de amor él mismo ha de beber siempre de la primera y originaria fuente de amor que es Jesucristo, «de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. Jn 19,34)».

San Gregorio Magno menciona a san Pablo, que fue arrebatado hasta el tercer cielo, hasta los más grandes misterios de Dios, y precisamente por esto, al descender es capaz de hacerse todo para todos.

Nos dice Benedicto XVI que «en el camino de la fe bíblica resulta cada vez más claro lo que se resume en las palabras de la oración fundamental de Israel, “escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es solamente uno” (Dt 6,4). Existe un solo Dios, que es el creador del cielo y de la tierra y, por tanto, también es el Dios de todos los hombres». Él mismo es el autor de toda la realidad, lo cual significa que estima a esta criatura, el hombre, precisamente porque ha sido Él quien la ha querido. Por tanto, Dios ama al hombre. La potencia divina de Aristóteles es deseada y amada, «pero ella misma no necesita nada y no ama, sólo es amada». En cambio, dice el papa, el Dios único de Israel ama personalmente y su amor es de predilección. Escoge a Israel, aunque con el objeto de salvar de este modo a toda la humanidad.

Los profetas Oseas y Ezequiel han descrito esta pasión de Dios por su pueblo. El amor de Dios es amor que perdona «“¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel...? Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím; que soy Dios y no hombre, santo en medio de ti” (Os 11,8-9)». Y este amor, pues, «puede ser calificado sin duda como *eros* que, no obstante es totalmente también *agapé*».

El amor entre el hombre y la mujer arranca de la misma voluntad del creador. De ahí que el matrimonio se ha de basar en un amor exclusivo y definitivo, que se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo. Esta idea, dice Benedicto XVI, «no tiene prácticamente paralelo alguno en la literatura fuera de la Biblia».

En el Nuevo Testamento de la fe cristiana se hallan no unas nuevas ideas sino la figura misma de Cristo que da carne y sangre a los conceptos. Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del samaritano que atiende al desconocido que encuentra en el camino, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza. Con su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Y añade el pontífice: «poner la mirada en el costado traspasado de Cristo del que habla Juan (cf. 19,37), ayuda a

comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: “Dios es amor” (Jn 4,8)».

Relaciona el papa el amor como agapé con la Eucaristía: «Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre – aquello por lo que el hombre vive– era el Logos, la Sabiduría eterna, ahora este Logos se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús».

Se plantea la encíclica dos preguntas: «¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado, ¿Se puede mandar el amor?». Para responder a estas preguntas hay que reconocer primero que Dios se ha hecho visible de muchas maneras, «Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él». En la historia de amor que nos narra la Biblia, «Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz». Él ha guiado el caminar de la Iglesia naciente y tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes percibimos su presencia. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento. La voluntad de Dios «ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría». De este modo se ve –dice el papa– que es posible el amor al prójimo. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. El amor es divino porque proviene de Dios y a Dios nos une y mediante este proceso unificador nos transforma en un nosotros que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea «todo en todos» (cf. 1 Co 15,28).

Al tratar en su segunda parte la caridad de la Iglesia como manifestación del amor de Dios recorre todo un abanico de cuestiones históricas y doctrinales que tiene el mayor interés. A este respecto sale al paso de las críticas fraudulentas de Nietzsche y Marx. Afirma también la validez del principio de subsidiariedad al hablar de las iniciativas de las diversas fuerzas sociales en relación al papel del Estado y recuerda que la Iglesia brinda a los hombres no sólo ayuda material sino también el sosiego y cuidado del alma, ayudas más necesarias que el mero sustento material en muchos

casos. A este respecto recuerda también que es misión de los fieles laicos configurar rectamente la vida social cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad. Pero el ejercicio de la caridad pertenece de modo intrínseco a la Iglesia porque el hombre «más allá de la justicia tiene y tendrá siempre necesidad de amor».

Advierte Benedicto XVI que el aumento de organizaciones diversificadas que trabajan en favor del hombre se explica «por el imperativo del amor al prójimo grabado por el creador en la naturaleza misma del hombre. Pero es también un efecto de la presencia del cristianismo en el mundo». Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia, dice el papa, «deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro, con una atención que sale del corazón».

Lejos de entender la caridad como una prolongación de una situación de injusticia, afirma el papa que la caridad concreta y ahora es válida y necesaria: «a un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, independientemente de estrategias y programas de partido». No hay que olvidar, además, que la raíz más profunda del sufrimiento es con frecuencia la ausencia de Dios. Por tanto, los que desempeñan el servicio de la caridad en la Iglesia no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejándose guiar por la fe que actúa por el amor. Recuerda la sentencia de san Pablo: «Podría repartir en limosnas todo lo que tengo, y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor de nada me sirve». En este himno, dice el papa, se encierra la carta magna de todo el servicio eclesial y «se resumen todas las reflexiones que he expuesto sobre el amor a lo largo de esta carta encíclica».

La fe, la esperanza y la caridad están unidas. La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud del paciencia y con la humildad. La fe transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas «en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras».

En la conclusión el papa recuerda a los grandes santos que han destacado en el ejercicio de la caridad: Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Camilo de Lelis, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, José B. Cottolengo, Juan Bosco, Luis Orione, Teresa de Calcuta. Y dice: «Los santos son los verdaderos portadores de luz en la historia». Su oración final va dirigida a María, Madre de Dios. Ella nos enseñó qué es el amor y dónde tiene su origen. «A Ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor»

El principal objetivo del Concilio

Discurso de Juan XXIII, en la inauguración del Concilio Vaticano II
(11 de octubre de 1962)

Venerables hermanos:

Hoy la santa Madre Iglesia se regocija porque, en virtud de un regalo especial de la Providencia divina, ha alboreado el día tan deseado en que el Concilio ecuménico Vaticano II se inaugura solemnemente aquí, junto al sepulcro de san Pedro y con la protección de la Virgen Santísima, de quien, en esta fecha, se celebra su maternidad divina.

Los concilios ecuménicos en la Iglesia

LA sucesión de los diversos concilios celebrados hasta ahora, tanto los veinte concilios ecuménicos como los innumerables concilios provinciales y regionales, que no dejan también de tener su importancia, atestiguan claramente la vitalidad de la Iglesia católica y señalan los puntos luminosos de su historia. El gesto del más reciente y humilde sucesor de san Pedro, que os habla, al convocar esta solemnísimas asamblea, tiene la finalidad de afirmar, una vez más, la continuidad del Magisterio eclesiástico para presentarlo de una forma excepcional a todos los hombres de nuestro tiempo, teniendo en cuenta las desviaciones, las exigencias y las oportunidades de la Edad Moderna.

Es muy natural que, al iniciarse el Concilio universal, nos sea grato dar una mirada al pasado como para recoger sus voces, cuyo eco alentador queremos volver a escuchar unido al recuerdo y a los méritos de nuestros predecesores, antiguos o recientes. Voces solemnes y venerables de Oriente y de Occidente, del siglo IV al Medioevo y desde entonces a la época moderna, las cuales han transmitido el testimonio de aquellos concilios. Voces que proclaman con fervor perenne el triunfo de esta institución, divina y humana, que es la Iglesia de Cristo, de quien ha recibido el nombre, la gracia y el significado.

Mas junto a estos motivos de júbilo espiritual, es cierto, sin embargo, que desde esta historia se extiende, a través de más de diecinueve siglos, una nube de tristeza y de prueba. Por algo el anciano Simeón dijo a María, la Madre de Jesús, aquella pro-

fecía que ha sido y sigue siendo verdadera: «Este Niño está puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel y como señal de contradicción». Y el mismo Jesús, hecho adulto, fijó bien claramente la postura sucesiva del mundo con respecto a su persona, a lo largo de los siglos, en aquellas misteriosas palabras: «Quien a vosotros escucha a mí me escucha»; y con aquellas otras citadas por el mismo evangelista: «Quien no está conmigo, está contra mí; quien no recoge conmigo, dispersa».

El gran problema planteado al mundo queda en pie tras casi dos mil años. Cristo radiante siempre en el centro de la historia y de la vida. Los hombres o están con Él y con su Iglesia, y en tal caso gozan de la luz, de la bondad, del orden y de la paz, o bien; están sin Él o contra Él y deliberadamente contra su Iglesia, con la consiguiente confusión y aspereza en las relaciones humanas y con persistentes peligros de guerras fratricidas. Los concilios ecuménicos, siempre que se celebran, son una actuación solemne de la unión de Cristo y de su Iglesia y conducen, por eso mismo, a una irradiación universal de la verdad, a la recta dirección de la vida individual, familiar y social; al robustecimiento de las energías espirituales, en elevación constante hacia los bienes verdaderos y eternos.

Están ante nosotros, en la sucesión de las diversas épocas de estos primeros veinte siglos de la historia cristiana, los testimonios de este magisterio extraordinario de la Iglesia, recogidos en numerosos e imponentes volúmenes, patrimonio sagrado en los archivos eclesiásticos aquí en Roma, lo mismo que en las más célebres bibliotecas del mundo entero.

[...]

Tarea principal de Concilio

Lo que principalmente atañe al Concilio ecuménico es esto: que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. Tal doctrina comprende al hombre entero, compuesto de alma y cuerpo, al cual, como peregrino que es sobre la tierra, le enseña que debe aspirar hacia el cielo. Esto de-

muestra que se debe ordenar nuestra vida mortal de modo que, cumpliendo nuestros deberes de ciudadanos de la tierra y del cielo, consigamos el fin establecido por Dios. Lo cual quiere decir que todos los hombres, particularmente considerados o reunidos socialmente, tienen el deber de tender sin tregua, durante toda su vida, a conseguir los bienes celestiales y a usar, llevados de este solo fin, los bienes terrenos, sin que el empleo de los mismos comprometa la felicidad eterna. Ha dicho el Señor: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia». Estas palabras primero expresan la dirección hacia la que deben moverse nuestros pensamientos y nuestras fuerzas, pero que no han de olvidarse las otras palabras de este precepto del Señor: «... y todo lo demás se os dará por añadidura». En realidad, unos sienten la Iglesia, y hay todavía quienes, buscando con todas sus energías la práctica de la perfección evangélica, rinden una gran utilidad a la sociedad. De hecho, de sus ejemplos de vida, constantemente practicados, y de sus iniciativas de caridad, adquiere vigor e incremento cuanto de más alto y más noble hay en la sociedad humana. Pero a fin de que esta doctrina alcance los múltiples campos de la actividad humana referentes al individuo, a la familia, a la sociedad, es necesario, ante todo, que la Iglesia no se separe del patrimonio sagrado de la verdad recibida de los padres. Pero, al mismo tiempo, tiene que mirar al presente, considerando las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo moderno, que han abierto nuevas rutas al apostolado católico. Por esta razón, la Iglesia no se considera inerte ante el progreso admirable de los descubrimientos del ingenio humano y ha sabido estimarlos debidamente. Mas, auxiliando estos desarrollos, no deja de advertir a los hombres para que, por encima de las cosas visibles, vuelvan los ojos a Dios, fuente de toda sabiduría y de toda belleza, y no olviden ellos, a quienes se dijo, poblad la tierra y dominadla, el gravísimo precepto: Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás. Con el objeto de evitar que la atracción fascinadora de las cosas visibles impida el verdadero progreso.

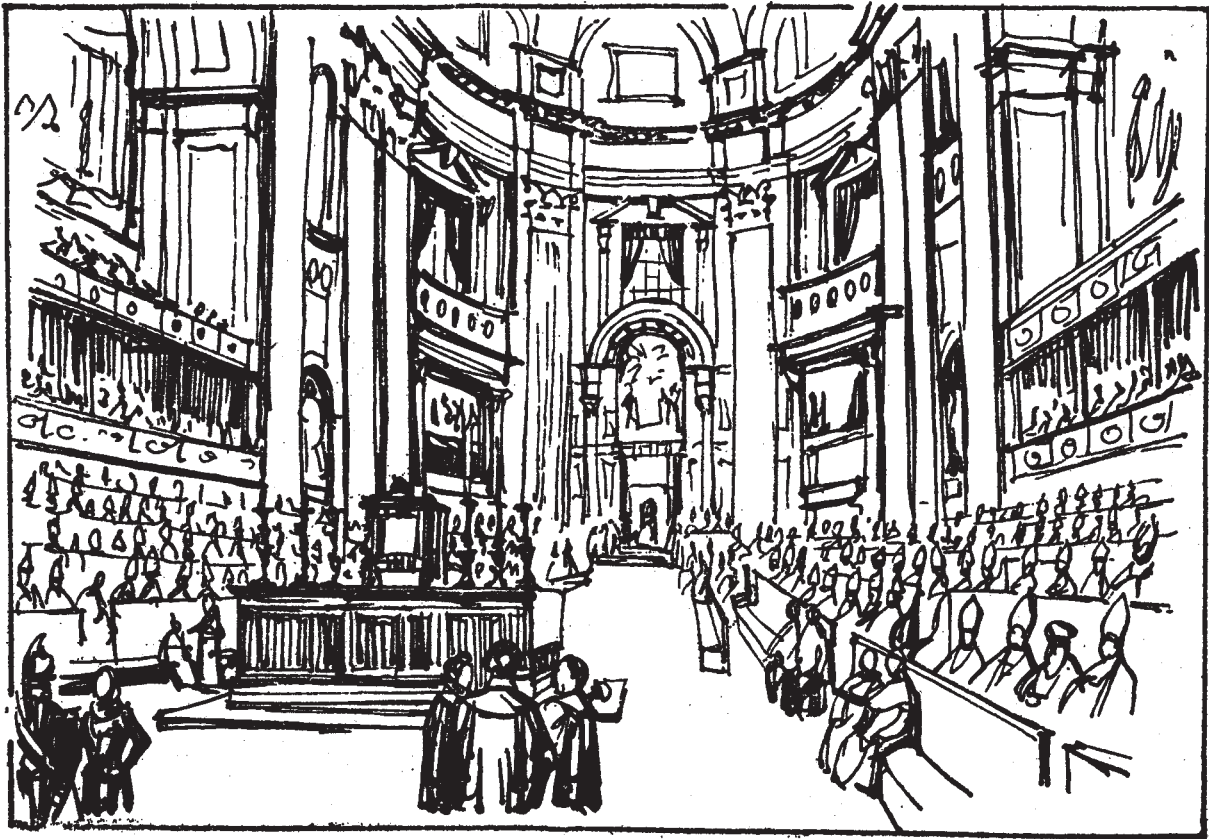
Modalidades de la difusión de la doctrina sagrada

DESPUÉS de esto es claro lo que se espera del Concilio, por cuanto a doctrina se refiere. Es decir, el Concilio ecuménico XXI —que se servirá del eficaz e importante auxilio de aquellos que sobresalen por su ciencia en las disciplinas sagradas, por su experiencia en el apostolado y en la organización— quiere transmitir la doctrina pura e íntegra sin atenuaciones que durante veinte siglos,

a pesar de dificultades y de luchas, se ha convertido en patrimonio común de los hombres; patrimonio que, aunque no haya sido recibido gratuitamente por todos, constituye una riqueza para todos los hombres de buena voluntad. Nuestro deber no es sólo custodiar ese tesoro precioso, como si únicamente nos ocupásemos de la antigüedad, sino también dedicarnos con voluntad diligente, sin temores, a la labor que exige nuestro tiempo, prosiguiendo el camino que la Iglesia recorre desde hace veinte siglos. Si la tarea principal del Concilio fuera discutir uno u otro artículo de la doctrina fundamental de la Iglesia, repitiendo con mayor difusión la enseñanza de los padres y teólogos antiguos y modernos, que suponemos conocéis y que tenéis presente en vuestro espíritu, para esto no era necesario un concilio. Sin embargo, de la adhesión renovada, serena y tranquila, a todas las enseñanzas de la Iglesia, en su integridad y precisión, como todavía aparecen en las actas conciliares de Trento y del Vaticano sobre todo, el espíritu cristiano, católico y apostólico de todos espera que se dé un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias que esté en correspondencia más perfecta con la fidelidad a la auténtica doctrina, estudiando ésta y poniéndola en conformidad con los métodos de la investigación y con la expresión literaria que exigen los métodos actuales. Una cosa es la sustancia del «depositum fidei», es decir, de las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera como se expresa; y de ello ha de tenerse gran cuenta, con paciencia, si fuese necesario, ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter prevalentemente pastoral.

Forma de reprimir los errores

AL iniciarse el Concilio ecuménico Vaticano II es evidente como nunca que la verdad del Señor permanece siempre. Vemos, en efecto, al pasar de un tiempo a otro, que las opiniones de los hombres se suceden excluyéndose mutuamente y que los errores, apenas nacidos, se desvanecen como la niebla ante el sol. Siempre se opuso la Iglesia a estos errores. Frecuentemente los condenó con la mayor severidad. En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar de la medicina de la misericordia más que de la severidad. Piensa que hay que remediar a los necesitados mostrándoles la validez de su doctrina sagrada más que condenándolos. No es que falten doctrinas falaces, opiniones, conceptos peligrosos que hay que prevenir y disipar; pero ellos están ahí, en evidente contraste con la recta norma de honestidad, que han dado frutos tan perniciosos que ya los hombres, por



sí solos, hoy día parece que están por condenarlos y en especial aquellas costumbres que desprecian a Dios y a su Ley, la excesiva confianza en los progresos de la técnica, el bienestar fundado exclusivamente sobre las comodidades de la vida. Cada día están ellos más convencidos del máximo valor de la dignidad de la persona humana y de su perfeccionamiento y del compromiso que esto significa.

Lo que más cuenta es que la experiencia les ha enseñado que la violencia causada por el poder de las armas y el predominio político de nada sirven para una feliz solución de los graves problemas que los afligen. Estando así las cosas, la Iglesia católica, al elevar por medio de este Concilio ecuménico la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella. Lo mismo que un día Pedro, al pobre que le pedía limosna, dice ella al género humano, oprimido por tantas dificultades: «No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo. En nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda». Ciertamente, la Iglesia no ofrece riquezas caducas a los hombres de hoy, no promete una felicidad sólo terrena; les hace participantes de los bienes de la gracia divina, que, elevando a los hombres a la dignidad de hijos de Dios, constituye una poderosísima tutela y ayuda para una vida más humana, abre las fuentes de su doctrina vivificadora que permite a los hombres, iluminados

por la luz de Cristo, comprender aquello que son realmente, su excelsa dignidad, su fin. Ella, finalmente, por medio de sus hijos, extiende por doquier la amplitud de la caridad cristiana que más que ninguna otra cosa contribuye a extirpar las semillas de la discordia y, con mayor eficacia que con cualquier otro medio, fomenta la concordia, la justa paz y la unión fraternal de todos.

El Concilio debe promover la unidad de la familia cristiana y humana

LA solicitud de la Iglesia en promover y defender la verdad deriva del hecho de que, según el designio de Dios, el cual quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, no pueden los hombres, sin ayuda de toda la doctrina revelada, conseguir una completa y firme unidad de ánimo en la que están ligadas la verdadera paz y la salvación eterna. Desgraciadamente, la familia cristiana no ha conseguido plenamente esta visible unidad en la verdad. La Iglesia católica estima, por tanto, como un deber suyo, el trabajar denodadamente a fin de que se realice el gran misterio de aquella unidad que Jesucristo invocó con ardiente plegaria al Padre celeste en la inminencia de su sacrificio. Ella disfruta de suave paz, consciente, como está, de su íntima unión con dicha plegaria. Se alegra después grandemente cuando ve

que tal invocación aumenta su eficacia con frutos saludables, incluso entre quienes están fuera de su seno. Más aún: considerando bien esta misma unidad, impetrada por Cristo para su Iglesia, parece como refulgir con un triple rayo de luz benéfica la unidad de los católicos entre sí, que debe conservarse ejemplarmente compacta, la unidad de oraciones y fervientes deseos con que los cristianos separados de esta Sede Apostólica aspiran a estar unidos con nosotros; y, finalmente, la unidad en la estima y el respeto hacia la Iglesia católica de parte de quienes todavía siguen religiones no cristianas.

A este propósito es motivo de dolor considerar que la mayor parte del género humano, a pesar de que todos los hombres hayan sido redimidos por la sangre de Cristo, no participan aún de esa fuente de gracias divinas que se hallan en la Iglesia. Por ello, bien cuadran a la Iglesia católica, cuya luz les ilumina y cuya fuerza y dignidad redundan en provecho de toda la humanidad, aquellas hermosas palabras de san Cipriano: «La Iglesia, aureolada con luces divinas, extiende sus rayos sobre el mundo entero y, con todo, constituye una sola luz que se difunde por doquier sin que su unidad sufra división. Extiende sus ramas fecundas por toda la tierra, difunde, cada vez con mayor largueza, sus arroyos, pero siempre es única la cabeza, único el origen indivisible, su maternidad copiosa y fecunda. Todos hemos nacido de ella, nos hemos nutrido de su leche, vivimos de su espíritu». ¹ Venerables hermanos: esto es lo que se propone el Concilio ecuménico Vaticano II, el cual, mientras agrupa las mejores energías de la Iglesia y se esfuerza en hacer que los hombres acojan con mayor solicitud el anuncio de la salvación, prepara y consolida ese camino hacia la unidad del género humano, que constituye el fundamento necesario para que la ciudad terrenal se organice a semejanza de la ciudad celeste, en la que, según san Agustín, reina la verdad, dicta la ley la caridad y cuyas fronteras son la eternidad.

Conclusión

A HORA nuestra voz se dirige a vosotros, venerables hermanos en el episcopado. Henos aquí juntos, reunidos en esta basílica vaticana, en torno a la cual gira ahora la historia de la Iglesia y donde el cielo y la tierra se unen en estos momentos estrechamente. Aquí, junto al sepulcro de

Pedro, junto a tantas tumbas de nuestros santos predecesores, cuyas cenizas parecen alborozarse en esta hora solemne con un estremecimiento arcano. El Concilio que comienza aparece en la Iglesia como un guía prometedor de luz resplandeciente. Ahora es sólo la aurora, y el primer anuncio del día que surge ¡de cuánta suavidad llena nuestro corazón! Todo

respira aquí santidad, todo suscita júbilo. Contemplamos las estrellas que con su claridad aumentan la majestad de este templo; aquellas estrellas, según el testimonio del apóstol Juan, sois vosotros, y con vosotros, vemos lucir los candelabros de oro alrededor del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, es decir, las iglesias que tenéis confiadas. Vemos con vosotros a dignísimas personalidades aquí presentes en actitud de gran respeto y de cordial expectativa, llegadas a Roma desde los cinco continentes para representar a las naciones del mundo.

Puede decirse que el cielo y la tierra se unen para celebrar el Concilio; los santos del cielo, para proteger vuestros trabajos; los fieles de la tierra, continuando en rezar al Señor, y vosotros, siguiendo las inspiraciones del Espíritu Santo, para obtener que el común esfuerzo corresponda a las exigencias actuales y a las necesidades de los diferentes pueblos. Todo esto pide de vosotros serenidad de ánimo, concordia fraterna, moderación en los proyectos, dignidad en las discusiones y sabiduría en las deliberaciones. Quiera el cielo que vuestros esfuerzos y vuestros trabajos, en los que convergen no sólo los ojos de todos los pueblos, sino también las esperanzas del mundo entero, satisfagan abundantemente las aspiraciones comunes.

¡Oh Dios omnipotente!, en ti ponemos toda nuestra confianza, desconfiando de nuestro esfuerzo. Mira benigno a estos pastores de tu Iglesia. La luz de tu gracia nos ayude tanto al tomar decisiones como al formular leyes, y escucha clemente las oraciones que te elevamos con unanimidad de fe, de palabra y de alma.

¡Oh María, auxilio de los cristianos, auxilio de los obispos, de cuyo amor recientemente hemos tenido particular prueba en tu templo de Loreto, en el cual quisimos venerar el misterio de la Encarnación!, dispón todas las cosas para un feliz y propicio éxito y, junto con tu esposo san José, con los santos apóstoles Pedro y Pablo, con los santos Juan, el Bautista y el Evangelista, intercede por nosotros ante Dios. A Jesucristo, nuestro adorable Redentor, Rey inmortal de los pueblos y de los siglos, sea el amor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.



María, Madre de la Iglesia

Discurso de Pablo VI al final de la tercera sesión del Concilio Vaticano II

(21 de noviembre de 1964)

NUESTRO pensamiento, venerables hermanos, no puede menos de elevarse, con sentimientos de sincera y filial gratitud, a la Virgen Santa, a Aquella que queremos considerar protectora de este Concilio, testigo de nuestros trabajos, nuestra amabilísima consejera, pues a Ella, como celestial Patrona, juntamente con san José, fueron confiados por el papa Juan XXIII, desde el comienzo, los trabajos de nuestras sesiones ecuménicas.

Animados por estos mismos sentimientos, el año pasado quisimos ofrecer a María Santísima un solemne acto de culto en común, reuniéndonos en la basílica Liberiana, en torno a la imagen venerada con el glorioso título de *Salus Populi Romani*.

Este año, el homenaje de nuestro Concilio se presenta más precioso y significativo. Con la promulgación de la actual Constitución,* que tiene como vértice y corona todo un capítulo dedicado a la Virgen, justamente podemos afirmar que la presente sesión se clausura como un incomparable himno de alabanza en honor de María.

Es, en efecto, la primera vez –y decirlo Nos llena el corazón de profunda emoción– que un concilio ecuménico presenta una síntesis tan extensa de la doctrina católica sobre el puesto que María Santísima ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Esto corresponde a la meta que este Concilio se ha prefijado: manifestar la faz de la Santa Iglesia, a la que María está íntimamente unida, y de la cual, como egregiamente se ha afirmado, es «la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y más selecta».

La realidad de la Iglesia ciertamente no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos, ni en sus ordenamientos jurídicos. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora, se debe buscar en su mística unión con Cristo; unión que no podemos pensarla separada de Aquella que es la Madre del Verbo Encarnado, y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a Él para nuestra salvación. Y ciertamente que debe encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su Santa Madre. Y el conocimiento de la doctrina verdaderamente católica sobre María será siempre la

clave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia.

La reflexión sobre estas íntimas relaciones de María con la Iglesia, tan claramente establecidas por la actual Constitución conciliar, Nos permite creer que éste es el momento más solemne y más apropiado para dar satisfacción a un voto que, señalado por Nos al término de la sesión anterior, han hecho suyo muchísimos padres conciliares, pidiendo insistentemente una declaración explícita, durante este Concilio, de la función maternal que la Virgen ejerce sobre el pueblo cristiano. A este fin hemos creído oportuno consagrar en esta misma sesión pública un título en honor de la Virgen, sugerido por diferentes partes del orbe católico, y particularmente entrañable para Nos, pues con síntesis maravillosa expresa el puesto privilegiado que este Concilio ha reconocido a la Virgen en la Santa Iglesia.

Así, pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, **Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia**, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, así de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título.

Se trata de un título, venerables hermanos, que no es nuevo para la piedad de los cristianos; antes bien, con este nombre de Madre, y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. Ciertamente que ese título pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo Encarnado.

La divina maternidad es, en efecto, el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo, y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de Aquél que, desde el primer instante de la Encarnación en su seno virginal, unió a Sí mismo, como a Cabeza, su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de todos los fieles y de todos los pastores, es decir, de toda la Iglesia.

* Constitución dogmática sobre la Iglesia (*Lumen gentium*), cuyo capítulo VIII, está dedicado a la Virgen.

El Concilio Vaticano II y la consagración de los laicos

GERARDO MANRESA

EL APOSTOLADO SEGLAR SEGÚN EL CONCILIO

A diferencia de los anteriores concilios, el Vaticano II fue un concilio pastoral y misionero, que no hizo declaraciones dogmáticas explícitas sobre puntos determinados para condenar errores, aunque los había, según declaró el mismo papa Pablo VI. Con todo, promulgó declaraciones dogmáticas más generales, pero no menos importantes. Una de ellas fue la constitución dogmática sobre la Iglesia, la Lumen gentium. En su capítulo cuarto trata de los laicos, los fieles que forman el Pueblo de Dios, de su carácter sacerdotal, de su búsqueda del Reino de Cristo por la ordenación de las cosas temporales a Dios, su participación en la misión de la Iglesia, etc. En los puntos 33 y 34 habla de la obligación de nuestra función de apóstoles y de nuestro carácter sacerdotal.

Apostolado de los laicos

«Los laicos congregados en el Pueblo de Dios e integrados en el cuerpo de Cristo bajo una sola cabeza, cualesquiera que sean, están llamados a contribuir, a fuer de miembros vivos, con todas sus fuerzas, las recibidas por el beneficio del Creador y las otorgadas por la gracia del Redentor, al crecimiento de la Iglesia y a su continua santificación.

»Ahora bien, el apostolado de los laicos es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo en virtud del bautismo y de la confirmación. Y los sacramentos, especialmente la sagrada Eucaristía, comunican y alimentan aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado.

»Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que sólo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos. Así, todo laico, en virtud de los dones que le han sido otorgados, se convierte en testigo y simultáneamente en vivo ins-

trumento de la misión de la misma Iglesia en la medida del don de Cristo (Eph 4,7).¹

Consagración del mundo

«Dado que Cristo Jesús, supremo y eterno sacerdote, quiere continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, los vivifica con su Espíritu y los impulsa sin cesar a toda obra buena y perfecta.

»Pues a quienes asocia íntimamente a su vida y a su misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal con el fin de que ejerzan el culto espiritual para la gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo cual los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son admirablemente llamados y dotados, para que en ellos se produzcan siempre los más ubérrimos frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechas con el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (cf 1 Petr 2,5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios».²

También el primer capítulo del decreto sobre el apostolado de los seglares habla de la participación de los seglares en el mundo actual, volviendo a insistir en lo dicho en la constitución anterior, en el carácter sacrificial de nuestra misión y la necesidad de ofrecer todos los actos de nuestra vida, por pequeños que sean, y nuestras acciones, de los fundamentos de dicho apostolado y de la espiritualidad de los seglares en orden al apostolado. Destacamos también unos párrafos:

1. *Lumen gentium*, cap 4, 33.

2. *Lumen gentium*, cap 4, 34.

Participación de los seglares en la misión de la Iglesia

«La Iglesia ha nacido con este fin: propagar el Reino de Cristo en toda la tierra para la gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora y por medio de ellos ordenar realmente todo el universo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo místico, dirigida a este fin recibe el nombre de apostolado, el cual la Iglesia lo ejerce por obra de todos sus miembros, aunque de diversas maneras.³

»Los seglares, por su parte, al haber recibido participación en el ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les atañe en la misión total del Pueblo de Dios. Ejercen, en realidad, el apostolado con su trabajo por evangelizar y santificar a los hombres y por perfeccionar y saturar de espíritu evangélico el orden temporal, de tal forma que su actividad en este orden dé claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Y como el propio estado del seglar es vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, Dios les llama a los seglares a que, con el fervor del espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento.»⁴

Fundamentos del apostolado seglar

«El deber y el derecho del seglar al apostolado deriva de su misma unión con Cristo Cabeza. Insertor por el bautismo en el Cuerpo místico de Cristo,

robustecidos por la confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado. Son consagrados como sacerdocio real y nación santa (cf. 1 Petr 2, 4-10) para ofrecer hostias espirituales en todas sus obras y para dar testimonio de fe en Cristo en todo el mundo. Son los sacramentos, y sobre todo la Eucaristía, los que comunican y alimentan en los fieles la caridad, que es como el alma de todo apostolado.

«El apostolado se ejercita en la fe, la esperanza y la caridad que el Espíritu Santo difunde en el corazón de todos los hijos de la Iglesia. Más aun, el precepto de la caridad, que es el mandamiento máximo del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino y la vida eterna a todos los hombres, a fin de que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo (cf. Io 17,3)».⁵

La espiritualidad seglar en orden al apostolado

Cristo, enviado por el Padre, es la fuente y origen de todo el apostolado de la Iglesia. Es, por ello, evidente que la fecundidad del apostolado seglar depende de la unión vital de los seglares con Cristo. Lo afirma el Señor: *El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer* (Io 15,5). Esta vida de unión íntima con Cristo en la Iglesia se nutre con los auxilios espirituales comunes a todos los fieles, muy especialmente con la participación activa en la sagrada liturgia.»⁶

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

El día de san Francisco Javier de 1844 (3 de diciembre), en Vals (Francia), el padre Gautrelet, recogiendo el ansia apostólica de un grupo de novicios y religiosos estudiantes de la Compañía de Jesús, lanzó una idea. En aquellos jóvenes había una impaciencia por ir a las misiones extranjeras a evangelizar y el padre Gautrelet les habló de ser apóstoles y de ser apóstoles desde aquel mismo momento y allí mismo, por medio de su vida, de su vida entera, unida a la de Cristo y orando e inmóvil constantemente en el tabernáculo por el advenimiento del Reino de Dios. Esta oración no

debía ser una oración aislada sino colectiva, como de todos los corazones unidos al Corazón de Jesús. El padre Gautrelet la definió como «*la propagación de la fe por la oración*», y esto reflejaba bien la idea del fundador.

Este espíritu ganó a los oyentes que se entregaron a esta vida apostólica y rápidamente esta idea se volvió una obra con sus prácticas precisas. La primera, la práctica esencial: la ofrenda diaria de todas las acciones que forman la jornada y que son, por el hecho de la unión de las almas a Cristo, transformadas en plegarias.

3. Decreto conciliar sobre el apostolado de los seglares, cap 1, 2.

4. *Ibidem*

5. Decreto conciliar sobre el apostolado de los seglares, cap 1, 3.

6. *Ibidem*.



Enrique Ramière, S.I.

«Llenar... las obligaciones propias de su estado, los laicos en sus ocupaciones en el mundo o el cumplimiento de las obligaciones de su estado en las casas religiosas, con el fin de concurrir a extender el Reino de Cristo, es actuar verdaderamente por el principio de la caridad. Si las acciones, las más indiferentes de la naturaleza, como el beber y el comer, pueden estar dirigidas a este fin, como lo enseña san Pablo, es evidente que las obras de penitencia, limosna, ejercicios de piedad, por ejemplo las visitas al Santísimo Sacramento, la santa Comunión, la santa Misa, etc, la victoria sobre una tentación o un mal pensamiento, los pequeños sacrificios que nos imponemos, la práctica de la modestia, del silencio, de la caridad, etc, no tenderán menos directa y eficazmente a este fin. Todo acto de virtud, en una palabra, es propio para hacer mayor el tesoro espiritual que buscamos formar por el interés de las almas y por merecerles la gracia de la salvación.»⁷

Y así se empezaron a poner intenciones generales en un tablón: la Iglesia, la conversión de los infieles, los herejes, los cismáticos, los pecadores y así se distribuyeron en los siete días de la semana.

Para realizar esta consagración y renovarla diariamente, les propuso una fórmula:

«Dios mío, yo os ofrezco todas las acciones de este día en unión con las de Nuestro Señor Jesucristo, de la Virgen Santísima y de todos los santos, por todas las intenciones por las cuales vuestro divino Hijo se inmoló en la cruz y va a inmolarse todavía hoy sobre el altar en todas las partes del mundo.»⁸

7. *El Apostolado de la Oración*, por el P. Gautrelet, edición 1846, pág. 106.

8. *El Apostolado de la Oración*, por el P. Ramière, edición 1868, pág 344.

En los primeros años la *asociación del Apostolado* recibió la bendición y el apoyo del papa Pío IX y fue muy bien acogida por muchas personas de la Iglesia y en comunidades religiosas, pero con el traslado del padre Gautrelet a Fourvière, en 1855, pareció que la asociación iba a desaparecer. Providencialmente fue trasladado a Vals uno de los estudiantes presentes en aquella primera charla del padre Gautrelet, el padre Enrique Ramière.

Su primera labor fue remarcar la unión con Cristo y mostró la fuente de donde partía toda la eficacia del Apostolado de la Oración: el Corazón de Jesús: «Nuestras plegarias tienen su fuente en el Corazón de Cristo, de manera que ellas son, realmente, las oraciones de Jesucristo, más realmente que nuestras oraciones». Este es el punto más importante aportado por el padre Ramière y que hizo de esta asociación la obra del Corazón de Jesús, de forma que reescribió el libro del padre Gautrelet, *El Apostolado de la Oración*, y lo tituló: *El Apostolado de la Oración, Santa Liga de corazones cristianos unidos en el Corazón de Cristo*. Era un programa que debía, en los años siguientes, desarrollar, sin desfallecer, en la revista que creó para ello: *El Mensajero del Corazón de Jesús*.

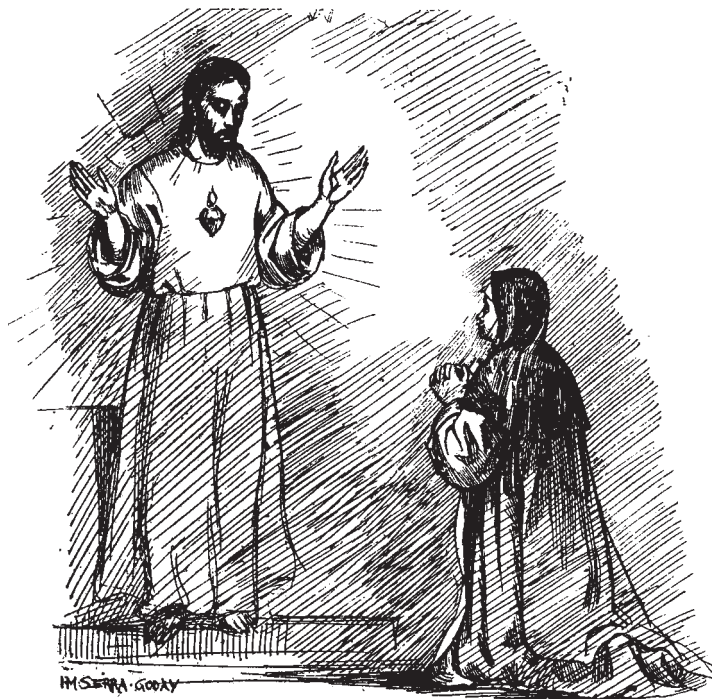
Para él, el Corazón misericordiosísimo de Cristo, según las apariciones a santa Margarita M^a de Alacoque en Paray-le-Monial, era el motor, el modelo, la razón, la palanca y el enlace vivo del Apostolado de la Oración y así lo exponía en su libro y concluía: «Así, de cualquier parte que se mire el Apostolado de la Oración se descubre entre esta devoción y la devoción al Corazón de Cristo, la conexión más estrecha.»

La consagración diaria pocos años después fue perfeccionada por el padre Ramière de la siguiente forma:

«¡Oh, Corazón divino de Jesús! Por medio del Inmaculado y Maternal Corazón de la Bienaventurada Virgen María, os ofrezco las oraciones, obras y padecimientos de este día, en reparación de nuestros pecados y por todas las intenciones por las cuales vos os inmoláis continuamente en el Santísimo Sacramento del Altar. Os las ofrezco en especial...»⁹

En pocos años, esta espiritualidad se extendió rápidamente, y a principios del siglo xx el *Mensajero* se publicaba en 64 idiomas y la asociación contaba con más de treinta millones de asociados. La devoción al Corazón de Jesús permitió, facilitó y fructificó al ciento por uno el desarrollo de esta espiritualidad que consagra cada día las vidas de todos

9. Sigue la intención especial que cambia cada mes.



El Sagrado Corazón se aparece a santa Margarita

sus asociados y las ofrece por la venida del Reino de Cristo.

* * *

Años más tarde, a partir del año 1950, en muchos ambientes teológicos modernistas occidentales, se decía que el Apostolado de la Oración tenía una espiritualidad retrógrada y no acorde con los tiempos actuales. Con esta excusa, a pesar de la encíclica «Haurietis aquas» que Pío XII escribió para confirmar a todo el mundo la actualidad y la efectividad de esta espiritualidad y el gran bien que era para la Iglesia la devoción al Corazón de Jesús, esta asociación fue perdiendo asociados e, incluso, en algunos países estuvo a punto de desaparecer.

Cuando, humanamente, todo se estaba desmoronando, he aquí que el Concilio Vaticano II no sólo habla de esta espiritualidad, sino que en la constitución dogmática sobre la Iglesia, es decir, el documento dogmático que nos explica todo lo que es, cree, espera y ama la Iglesia, recomienda una sola espiritualidad que, como podemos comprobar es la misma que nos plantea el Apostolado de la Oración.

Viene a decirnos que *si queremos que llegue el Reino de Cristo a nosotros, el camino más corto y rápido es el de ofrecer nuestra vida, cada día, con Cristo en el santo sacrificio de la Misa.*

Consagremos, pues, nuestras vidas y confiemos

en que el Corazón de Cristo nos consiga pronto la venida de su reino.

Es oportuno acabar con la misma súplica que el padre Ramière escribe al final de la segunda parte de su libro dedicada al Sagrado Corazón, que es la misma que nos hace la Iglesia en el Concilio Vaticano II a los seculares,

«¡Oh! ¡Cuán bello es el papel que desempeñan esos precursores¹⁰ que son para su siglo lo que para el universo entero fueron los santos Patriarcas! ¡Cuán poderosos son esos dardos de la oración que penetran en el cielo y llegan hasta el corazón de Dios! ¡Cuán meritorios esos sacrificios ofrecidos para la salvación del mundo, y cuya virtud da al sacrificio del divino Redentor una fecundidad que no hubiera tenido sin ellos! Esta misión tan gloriosa ha sido propuesta a todos los cristianos; pero lo es de una manera especial a vosotros, los que habéis leído este libro. ¿Oís al Corazón de vuestro Dios gritar desde el fondo de su tabernáculo con toda la fuerza de su inmenso amor: a quien enviará y quien consentirá en encargarse de mis intereses? *Quem mittam, et quis ibit nobis?* A vosotros os toca contestar con el profeta: “Aquí me tenéis Señor; acepto la misión que me brindáis: *Ecce ego, mitte me*”.»¹¹

10. El padre Ramière lo dice a los lectores de este libro, pero el Concilio nos lo dice a todos.

11. *El Apostolado de la Oración*, por el P. Ramière, edición de 1868, pág. 287.

Índole escatológica de la Iglesia peregrinante

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

EL pasado 8 de diciembre se cumplieron los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, convocado por el pontífice, ahora ya beato, Juan XXIII e inaugurado también por él el 11 de octubre de 1962. Juan XXIII lo convocó e inauguró, con gran esperanza, poniéndolo bajo la protección del patriarca san José, de quien era tan devoto, pero no pudo dar su aprobación a ningún documento conciliar como sí lo hizo su sucesor Pablo VI. El propósito de la convocatoria conciliar fue muy expresamente formulada por él en el discurso de inauguración que es oportuno releer ahora.

Para hacer una correcta valoración del concilio es imprescindible tener presente la acción invisible pero real del Espíritu Santo a lo largo de todo el Concilio, y gustar así de este don de la iglesia a todos los católicos. Si no se tiene esta visión sobrenatural y se juzga el concilio con criterios meramente humanos se sumerge toda pretendida interpretación en la reiterada y estéril dialéctica continuismo-reformismo, cual si esta fuera la verdadera perspectiva para mirar al concilio.¹

En muchos sentidos lo más importante de un concilio es lo que queda de él en la Iglesia cuando el concilio propiamente dicho ha terminado. En este sentido conviene recordar los frutos objetivos del último concilio, las que podemos llamar realizaciones postconciliares elaboradas al hilo del concilio y que constituyen lo que Juan XXIII había llamado por adelantado «oportunas actualizaciones». ² Para el presente propósito conviene retener dos de los principales resultados del concilio: la reforma litúrgica elaborada en los tiempos de Pablo VI, por una parte, y la promulgación del *Catecismo de la Iglesia católica* hecha por Juan Pablo II en 1992, por otra. En efecto, una notable reforma en la liturgia que tiende a hacer a los fieles más partícipes de la oración oficial de la Iglesia, como expresión de la ley de orar, y una clara y muy

completa exposición doctrinal como no la había habido nunca antes, que contiene en resumen la ley de lo que hay que creer. La liturgia y el catecismo son ambos, a la vez, los dos pies por los que anda siempre la Iglesia, son la expresión de la fe y la manifestación de la piedad.

Consideramos especialmente actual considerar una de las más importantes aportaciones conciliares que, en nuestra opinión, merece especial atención: la nueva escatología presente en los documentos conciliares, en particular, los referidos a la Iglesia. Karol Wojtyła en los ejercicios espirituales predicados ante el papa Pablo VI y recogidos después en su libro titulado *Signo de contradicción*, se refirió de modo general a esta doctrina hablando de que estamos «en el umbral de nueva escatología», que ha aparecido como consecuencia del Concilio Vaticano II.³

Penetremos en la comprensión de esta nueva escatología. Para ello se deben leer con detenimiento y de un modo continuado las constituciones dogmáticas sobre la Iglesia. Nunca un concilio había hablado con tanta extensión de la naturaleza y misión de la Iglesia y, en particular, nunca la había puesto con tanta vehemencia y frecuencia en relación con todo el género humano y con su misión y destino. En efecto dice el concilio que **«como la Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano, insistiendo en el ejemplo de los concilios anteriores, se propone declarar con toda precisión a sus fieles y a todo el mundo su naturaleza y su misión universal»**.⁴

Esta declaración sobre la naturaleza y «misión universal» se halla en la «Constitución sobre la Iglesia», la llamada con sus palabras iniciales *Lumen gentium*, promulgada por Pablo VI el 21 de noviembre de 1964, y la «Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual», llamada *Gaudium et spes*, aprobada el 7 de diciembre de 1965. Atenderemos principalmente al aspecto de «misión universal» que caracteriza a la Iglesia para hallar en ella la esperanza

1. Cf. Benedicto XVI, Discurso a los cardenales de la Curia y otros dignatarios eclesiásticos el 22 de diciembre de 2005 (*L'Osservatore Romano* en lengua castellana de 30 de diciembre).

2. Discurso en la inauguración solemne del concilio, 11 de octubre de 1962, n. 7.

3. Karol Wojtyła, *Signo de contradicción*, p. 33.

4. *Lumen gentium*, n. 1.

del cumplimiento de esta misión, según el plan de Dios.

Además, es muy importante señalar que tanto la reforma litúrgica como el Catecismo convergen en la nueva dirección de hacer más presente en la Iglesia –en la oración y en la doctrina– esta escatología que podemos llamar *intrahistórica* de la Iglesia.

En efecto, la escatología se refiere a aquello que es «último», según el significado griego de la palabra ἔσχατος, pero, en el caso del Concilio, no refiriéndose tanto a los «Novísimos», sino mirando insistentemente hacia la *plenitud* de la Iglesia en tanto que, incoada ya en este mundo, ha de llegar algún día a su consumación.⁵ Teniendo siempre presente el cielo como meta suprema –sin temer citar la realidad del infierno en alguna ocasión–⁶ expresamente señala la índole escatológica de la Iglesia en tanto que «Iglesia peregrinante» que tiene como meta la conversión de toda la sociedad en Reino de Dios. En efecto, y dicho con toda sencillez, la Iglesia cree que algún día se realizará plenamente su misión salvadora. Tengamos en cuenta que si el premio consiste en la gloria de la vida eterna la salvación, en cambio, sólo puede alcanzarse en la vida terrenal.

Si es un principio ontológico que cada ser aspira a su propia perfección mucho más la Iglesia de Cristo. Y esta «ultimidad», que consiste en la plenitud a la que aspira y eficazmente tiende en tanto que Iglesia peregrinante, es lo que llamó el cardenal Wojtyła «nueva escatología» y que es *intrahistórica* porque la Iglesia, y tal como la describe ampliamente el Catecismo, es, materialmente hablando, «el pueblo que Dios reúne en el mundo entero»⁷ y, hablando formalmente, «el sacramento de la salvación»⁸ y ambas definiciones cuadran a la Iglesia en tanto que peregrina en la tierra.

Iglesia y mundo están necesariamente relacionados de modo que el mundo entero está convocado a entrar y constituirse en Iglesia. Esta universalidad es inherente a la Iglesia como su nota distintiva. En ningún modo pertenece a la Iglesia el menor ápice de elitismo.

De este modo hay como una continuidad entre la plena realización del misterio de la salvación que ejerce en la tierra la Iglesia –escatología *intrahistórica*– y la plena realización de la felicidad de los bienaventurados que se alcanza en la Iglesia

5. Cf. Francisco Canals, *Mundo histórico y Reino de Dios*, de modo particular en su capítulo VIII, págs. 157-183.

6. Por ejemplo, «no sea que como aquellos siervos malos y perezosos seamos arrojados al fuego eterno» (*Lumen gentium*, n. 48).

7. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 752.

8. *Ibid.*, n. 774-780.

celestial. Se podría decir también que, en esta perspectiva adoptada por el concilio, el cielo –meta suprema de todo hombre– no es sólo el lugar «en donde» se realizará nuestra plenitud de felicidad sino también el lugar «de donde» nos viene la plenitud de la salvación.

Para que la lectura de los textos conciliares resulte provechosa conviene no prejuzgar de modo reflejo, por una especie de automatismo, el sentido genuino de ciertos términos clave empleados por el concilio, sobre todo porque son literalmente escriturísticos. Más aún, parece que el concilio nos invita de continuo a leer estos textos, que proceden en particular de la predicación de los apóstoles, destacando de ella la doctrina de las columnas de la Iglesia, esto es, el gran discurso de san Pedro después de Pentecostés, varias enseñanzas de las cartas de san Pablo y el núcleo del Apocalipsis de san Juan, particularmente volcados todos ellos a explicar la escatología *intrahistórica* de la Iglesia y dar fundamento real a la esperanza cristiana de consumación del reino.

El término en torno al cual gira toda la comprensión profunda de la escatología *intrahistórica* es el de «consumación». La palabra consumación significa acabamiento o perfección, tanto en latín –del que procede nuestro término– como en el original griego donde con diversas desinencias se conjuga la raíz τελεος, que significa realización, cumplimiento y perfección. Está claro que si se traduce por acabamiento se ha de entender en el mismo sentido en que decimos que una obra acabada es más perfecta que cuando se está elaborando. Más aún, que en orden a este acabamiento se inicia la obra y por este acabamiento tiene sentido todo el proceso. De manera que este acabamiento –a veces traducido incluso por «fin», con menor precisión– no es una palabra que exprese el término o acabamiento de la transitoriedad de lo terreno, como por ejemplo lo es la muerte, sino bien al contrario la plenitud o completa realización de aquello que por su misma naturaleza quiere ser llevado a consumación.⁹

9. Un caso característico de «reducción» del término *consumación* a un mero «fin» puede observarse en algunas traducciones del final del evangelio de san Mateo cuando propiamente dice Jesús: «Y sabed que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Nuevo Testamento trilingüe, B.A.C., traducción de Bover y O'Callaghan). En la Vulgata se lee «usque ad consumationem saeculi». El sentido de las palabras de Jesús es obviamente que Él asistirá a su Iglesia hasta llevarla a la consumación de su misión salvadora. Este es un hermoso final para un precioso encargo, el de enseñar a «todas las gentes». Su misión no quedará reducida a unos pocos porque Él, en el momento oportuno, la llevará a consumación.

Un magnífico texto conciliar nos aclara completamente este sentido del término *consumación* cuando dice: **«El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección»** (*His in terris regnum iam mysterio adest; adveniente autem Domino consummabitur*).¹⁰ Es evidente que el Señor no vendrá a «extinguir» el reino sino todo lo contrario. La consumación de su perfección es la plena realización de lo que ella ya es en realidad. Y en este sentido, a modo de uno de los muchos ejemplos, se lee en el Catecismo hablando del Bautista: **«Juan es “más que un profeta”. En él el Espíritu Santo consume el “hablar por los profetas”»**.¹¹ El sentido del verbo que manifiesta la acción del Espíritu Santo es que el mundo de los profetas llega a su cumbre con Juan el Bautista. Y en otra proposición del *Catecismo*, que tiene relación directa con el tema que abordamos en este artículo, hablando de la importancia de la oración que se hace recitando los salmos, leemos: **«Esta oración... recuerda los acontecimientos salvadores del pasado y se extiende hasta la consumación de la historia; hace memoria de las promesas de Dios ya realizadas y espera al Mesías que les dará cumplimiento definitivo»**.¹² Aquí se pone en relación la «consumación de la historia» con el «cumplimiento definitivo» de las promesas de Dios que nos trae el Mesías. Vista desde la Iglesia, la historia humana es la historia de la salvación del género humano, de modo que los tiempos se juzgan por las intervenciones de Dios en la historia. El cumplimiento total de las promesas es la consumación de la historia. La religión cristiana, y ello es especialmente patente en una lectura continuada de las constituciones dogmáticas sobre la Iglesia –en sí y en el mundo–, está en las antípodas de hacernos sentir el tiempo como manifestación y desgaste de la «existencia».¹³ Ya en este mundo el cristiano vive el tiempo en el gozo de la tensión hacia la consumación del mismo.

De ahí que la palabra *consumación*, a diferencia de la univocidad de la palabra *término* o *final*, tiene un carácter analógico, esto es, que puede haber una mayor o menor consumación, como decimos que puede haber una más o menos completa

10. *Gaudium et spes*, cap. III, n. 39, final del capítulo. De la relación entre esta consumación y la venida del Señor, que está explicitada en muchos pasajes, se hablará en otro artículo, Dios mediante. Es claro que la venida del Señor es la causa de la consumación de la perfección.

11. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 717.

12. *Ibid.*, n. 2586.

13. Karol Wojtyła en *Signo de contradicción*, hace notar el pesimismo del mundo, presente en la visión de Heidegger, como contraste con la visión cristiana.

realización de algo. La analogía se hace especialmente patente cuando la escatología se refiere a la historia o a la metahistoria dado que, tanto en las Sagradas Escrituras como en los textos conciliares la escatología puede referirse a ambas plenitudes. La primera es intrahistórica, la última metahistórica. La plenitud intrahistórica a que la Iglesia peregrinante aspira se ordena a la ultrahistórica o Iglesia triunfante, como el tiempo se ordena a la eternidad y, en particular, como los medios se ordenan a los fines. Fin último, en sentido pleno de la palabra, sólo lo es la vida eterna en Dios, como cumplimiento de nuestra plena felicidad. Pero para que esta última, que es la vida bienaventurada en la contemplación de Dios cara a cara, pueda llegar a todos, como es la voluntad de Dios, es necesario que se realice la consumación intrahistórica del reino. Y es en este sentido que se ha de leer la expresión «la gloria de Dios» tal como lo enseñó insuperablemente san Ireneo: «la gloria de Dios es que el hombre viva».

Es esta consumación la que estamos invitados a esperar con certeza, pues sólo es objeto de esperanza lo que se sabe que sucederá en algún tiempo futuro, y por la que rogamus continuamente tal como lo enseña la oración dominical: «Venga a nosotros tu reino» (*Adveniat regnum tuum*). Este, que es, por cierto, el lema del Apostolado de la Oración, no puede quedar defraudado, pues sería del todo extraño que nunca se realizase en la historia esta petición que Él nos mandó formular como «la» oración por excelencia. La Iglesia ya fundada y transcurriendo su acción en el tiempo vive de esta petición y esperanza como todo lo comenzado aspira a su cumplimiento.

Lo más característico de los textos conciliares es, precisamente, la asiduidad o «normalidad» con que se reitera esta que podemos llamar la «finalidad» de la Iglesia, su razón de ser, tal como lo expresa este otro párrafo de la misma constitución que conlleva un mensaje inequívoco: **«La Iglesia, “entidad social visible y comunidad espiritual”, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios»**.¹⁴

Sería sumamente ajeno a toda idea de lo que es la Iglesia si no pensase llegar a realizar esta *renovación y transformación* de toda la sociedad. Adviértase que el concilio dice que la sociedad «debe» renovarse y transformarse. Sería, pues, no sólo extraño sino contradictorio que lo que la socie-

14. *Ibid.*, n. 40.

dad «debe conseguir», la Iglesia, como alma que es de la sociedad, no lo consiguiera. La sociedad es un cuerpo al que la misericordia de Dios ha infundido un alma, que es la Iglesia, para darle la vida verdadera que es la «transformación en familia de Dios». Resultaría contrario al plan de Dios que el alma que ha comunicado a la sociedad no llegase a cumplir su misión y se daría la paradoja de que lo que Dios habría logrado en su acto bondadoso de la creación no lo habría logrado en el acto aún más misericordioso de la salvación. Los cristianos no podemos encontrar «normal» el alejamiento de la humanidad de la única Iglesia de Cristo. Juan XXIII lamentaba esta triste realidad en su discurso de inauguración del concilio con estas palabras: «es motivo de dolor considerar que la mayor parte del género humano, a pesar de que todos los hombres hayan sido redimidos por la sangre de Cristo, no participan aún de esa fuente de gracias divinas que se hallan en la Iglesia».¹⁵ Ciertamente es «doloroso» que el género humano en su mayoría «no participe aún» de la gracia divina que hay en la Iglesia, pero sería desesperante tener como doctrina «normal» que la mayor parte del género humano no la alcanzará jamás. Es, pues, necesario sumergirse, con el concilio, en la esperanza de la plena efectividad de la gracia que hay en la Iglesia.

La misión de la Iglesia de reunir a todos los hombres en un solo pueblo, Pueblo de Dios, está muy manifiesta en un texto el capítulo segundo, dedicado al «Pueblo de Dios», que es la Iglesia, cuando dice: **«Todos los hombres están llamados a formar parte del nuevo Pueblo de Dios. Por lo cual este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios, quien en un principio creó una sola naturaleza humana, y a sus hijos que estaban dispersos, determinó luego congregarlos. Para esto envió Dios a su Hijo, a quien constituyó en heredero de todo, para que sea Maestro, Rey y Sacerdote de todos»**.¹⁶

La expresión «cumplir el designio de la voluntad de Dios» empleada por el concilio, es muy contundente. Desde luego, no puede tener un sentido estricto cuando habla de la creación y un sentido lato cuando habla de congregarlos en el único Pueblo de Dios. Los designios de Dios no sólo son únicos sino que están ordenados entre sí de manera que lo inferior se ordena a lo superior. La creación se ordena a la salvación en Cristo, tal como lo leemos

en el Catecismo: «El mundo fue creado en orden a la Iglesia».¹⁷

Al explicitar esta acción universal de la Iglesia señala el concilio que es **«un don del mismo Señor con el que la Iglesia católica tiende, eficaz y perpetuamente, a recapitular toda la humanidad con todos sus bienes, bajo Cristo cabeza, en la unidad de su Espíritu»**.¹⁸ El texto no sólo afirma que la Iglesia católica «tiende perpetuamente» sino también «eficazmente» a recapitular toda la humanidad bajo Cristo. Ahora bien, la eficacia se ha de medir principalmente por los frutos obtenidos.

Según el salmo (2,8), mesiánico por excelencia, citado por el concilio en este lugar, a Cristo le «han sido dadas en herencia todas las naciones».¹⁹ ¿Cabe pensar que el Padre eterno ha dado a su Hijo, Verbo encarnado, una herencia no realizada ni realizable de hecho? Pero el salmo afirma sobradamente esta realidad cuando lo da ya como visión de presente, desde Dios, lo que se ha de realizar en el futuro, puesto que en tiempos del salmista no era todavía realidad ya que ni siquiera había venido al mundo el Mesías. Y el salmista lo explicita, como pública manifestación de la realización de esta herencia, cuando añade «y a cuya ciudad [la del Rey] ellas [las naciones] traen sus dones y tributos», según el salmo 71, 10.²⁰ Esta profecía en relato de presente implica que Cristo ha sido reconocido como Rey por todas las naciones y no habiendo esto sucedido todavía ha de suceder en el futuro.

Debemos atender de modo particular al capítulo VII de la *Lumen gentium* porque dicho capítulo lleva por título bien significativo «Índole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celestial» y que ha inspirado el título de la presente reflexión. Muestra ya este título que la Iglesia «es» escatológica en su ser de Iglesia peregrinante, de forma que la escatología pertenece a la Iglesia peregrinante y que es esta escatología la que la conecta con la Iglesia celestial.

Las mismas palabras del comienzo del citado capítulo nos introducen en esta escatología: **«La Iglesia... no será llevada a su perfección sino cuando**

17. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 760. Advierte el Catecismo que ésta es una expresión de los primeros tiempos del cristianismo, según el testimonio de Hermas, Arístides y Justino. Sigue diciendo el Catecismo: «Dios creó el mundo en orden a la “comunidad” en su vida divina, “comunidad” que se realiza mediante la “convocación” de los hombres en Cristo, y esta “convocación” es la Iglesia». Iglesia significa, etimológicamente «convocación» y, desde esta significación originaria, significa «asamblea» como el resultado de aquella convocación.

18. *Ibid.*

19. *Ibid.*

20. *Ibid.*

15. Discurso de inauguración del concilio, 11 de octubre de 1962, n. 18.

16. *Lumen gentium*, cap. II, n. 13. Este fragmento está literalmente repetido en el *Catecismo*, n. 831.

llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (Act 3, 21)». Se afirma primero que será llevada a su perfección y se enseña que ello no sucederá antes de la «restauración» de todas las cosas. Fijémonos en lo que significa «restaurar». Nadie dirá que derribar una casa y levantar otra sea una restauración. En la restauración se recoge «el resto que se mantiene» y se levanta de nuevo el edificio. Ello sólo puede suceder en el tiempo de la Iglesia todavía peregrinante.

Se trata de reconocer cuál es el tiempo de la restauración, no en el sentido de «cuando», que no podemos saber,²¹ sino en el sentido del alcance de la restauración. Para ello nos es imprescindible atender al texto de las palabras de san Pedro tal como lo narran los *Hechos de los Apóstoles* cuando, de estos tiempos dice: «de los cuales habló Dios por boca de sus santos profetas». Y cita san Pedro a Moisés «y a todos los profetas a partir de Samuel». Ahora bien, estos profetas hablan de la plenitud que representa la venida del Mesías y no se refieren al juicio de Dios terminada la historia humana. Una prueba de ello, si falta hiciera, está en el hecho de que en estas profecías se habla de la aceptación plena de Dios por parte de Israel, incluso «de todo Israel» y de «toda la tierra», y «los pueblos», y «las Naciones» y «las lenguas» y «toda carne», y ninguna de estas entidades sociales será juzgada en el juicio final donde sólo los hombres individuales serán juzgados según sus obras. Y estos textos no sostienen tampoco la herejía de Orígenes, donde se postula un tiempo de salvación posterior a la resurrección universal (así como de los mismos demonios).²² Estas profecías se refieren a un tiempo intrahistórico. Y entre el nacimiento en Belén y la venida gloriosa de Cristo se da este tiempo del que dice san Pedro que «es necesario que el cielo [le] reciba hasta que lleguen los tiempos de la universal restauración».²³

El Catecismo interpreta este texto en el sentido señalado cuando nos enseña: **«La venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por «todo Israel» del que una parte está endurecida en la incredulidad respecto a Jesús. San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: “Arrepentíos pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe**

al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal de que Dios habló por boca de sus profetas” (Hch 3, 19-21)».²⁴

Es impresionante atender al párrafo que dice «Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal». Se deduce de esta traducción que Cristo Jesús no está ahora en el cielo de modo permanente sino «retenido», o si se prefiere otra traducción más suave «acogido», pero es claro, por todo el contexto del discurso de san Pedro, que habla a los judíos que no reconocieron su primera venida, para que se preparen para la segunda. Tal como lo dice el Catecismo cuando señala que el Pueblo de Dios de la Antigua Alianza y el nuevo Pueblo de Dios tienden hacia fines análogos, justificando esta analogía con estas palabras: **«pues, para unos, es la espera de la vuelta del Mesías, muerto y resucitado, reconocido como Señor e Hijo de Dios; para los otros es la venida del Mesías»**.²⁵

Pero ambos pueblos comparten la misma esperanza escatológica de que vendrá un día en que la plenitud de los pueblos invocarán y servirán a un solo Señor, como lo escribe el concilio en su Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas al referirse a la religión judía: **«la Iglesia, juntamente con los profetas y el mismo Apóstol, espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y le servirán como un solo hombre»**.²⁶ Cita el Concilio al profeta Isaías en 66, 23 («vendrá toda carne a adorar ante Mí») y al profeta Sofonías –del que está sacada la letra cursiva del texto conciliar. Cita el Salmo 65,4 («toda la tierra te adorará») y cita también al apóstol san Pablo en su Carta a los Romanos 11,11 donde vincula la conversión de Israel –cuya mengua ya fue riqueza para los gentiles– a la suprema plenitud de los gentiles.

La tesis de que la Iglesia «espera» el tiempo de esta conversión de «todos los pueblos», es parte integrante de la doctrina actual de la Iglesia católica. Dado que esto sucederá en el tiempo futuro, sólo de Dios conocido, es para nuestra Iglesia una espera escatológica, esto es, está en el extremo feliz y deseado de su peregrinación. No tiene la Iglesia afán elitista de ser aceptada por unos pocos, pero «selechos», sino por todos, pues por todos murió.

Desde el comienzo de su número 39 leemos en la *Gaudium et spes*: **«Ignoramos el tiempo en que se**

21. Son numerosos los pasajes evangélicos en que Cristo se niega a revelar esta decisión que sólo compete al Padre.

22. Cf. La condenación de esta doctrina en el canon 9 del *Liber adversus Origenes* de Justiniano, papa Vigilio, año 543.

23. Traducción de Bover-O'Callaghan, p. 634.

24. Catecismo de la Iglesia católica, n. 674.

25. *Catecismo*, n. 840.

26. *Nostra aetate*, n. 4. Texto puesto como lema del citado libro de Francisco Canals, *Mundo histórico y Reino de Dios*.

hará la consumación de la tierra y de la humanidad». Recordemos el sentido, ya señalado, de la palabra consumación como plenitud o perfección. Veamos también que no puede tratarse de un mero acabamiento temporal, porque ni siquiera está definido el fin del mundo sino sólo una transformación del mundo, como añade a continuación: «**Tampoco conocemos de que manera se transformará el universo**». La humanidad, por su parte, algún día dejará de perpetuarse por generación humana, pero en ningún caso desaparecerá de la existencia, como es obvio. Se trata, pues, de una consumación en el sentido de llevar a la «suma», a lo más alto, tanto la tierra como la humanidad. Para más claridad seguimos leyendo en este número: «**La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia...**». La aparición de una nueva tierra se presenta como la respuesta a la fealdad de la actual y es una nueva tierra donde habita la justicia. No habla de un acto de justicia –naturalmente divina– sino de una presencia habitual de la virtud de la justicia «preparada» por Dios. Y no lo dice de unos, los bienaventurados, sino en general, sin determinaciones ni contraposiciones, esto es, nadie está excluido de esta tierra. La nueva humanidad habita en la nueva tierra. Esta situación se culmina con la bienaventuranza final que se alcanza en los cielos por toda la eternidad y, en muchos sentidos, los textos están presentados como una situación que las engloba a ambas puesto que de aquella plenitud de justicia y paz en la tierra se ha de derivar la consecución del premio final para cada hombre en la eternidad.

El párrafo final de esta parte de la constitución que comentamos ha de ser leída con detenimiento. «**Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre “el reino eterno y universal; reino de verdad y de vida; reino de santidad y de gracia; reino de justicia, de amor y de paz”**». El párrafo entrecomillado está sacado del

prefacio de la fiesta de Cristo Rey que afirma la realeza de Cristo sobre los hombres en la tierra como la solución a los males que inficionan al mundo. El mal intrínseco del mundo actual es el laicismo y por ello la respuesta de la Iglesia es la proclamación de Jesucristo como rey del universo.

No es que la consumación terrena supere a la celestial ni en número ni en intensidad. Lo primero es obviamente imposible porque todos los que reciben la salvación en la tierra alcanzan la bienaventuranza del cielo. Dada la justicia divina todos y cada uno de los salvados serán bienaventurados. Lo segundo es más obvio todavía pues nada puede superar la consumación que significa alcanzar la bienaventuranza eterna. Pero la promesa no versa sobre la justicia sino sobre la misericordia. Y si la bienaventuranza es una cuestión de justicia,²⁷ la salvación es obra total de la misericordia. Y todo el mensaje de Jesús y lo que predicaron los apóstoles es precisamente la esperanza de alcanzar la misericordia divina, esto es, de llevar a plenitud la Iglesia como sacramento de salvación de todos los hombres. La justicia se da por supuesta. Por consiguiente, pretender desviar las promesas hacia la patria celestial sería como decir meramente que Dios es justo y da plena felicidad a los que de hecho se han salvado. Ni es ni puede ser éste el sentido de una promesa. Ninguna promesa, pues, puede tratar formalmente de la felicidad eterna a no ser como modo de nombrar, mediante el premio final, la conversión que es el camino para conseguirlo.

La supuesta objeción de que los hombres son libres por naturaleza y no puede Dios, que respeta la libertad humana, garantizar su aceptación del don salvador, confunden una ley con una promesa. La promesa escatológica de una consumación de la Iglesia pertenece de modo intrínseco a la historia de la salvación. Queda para otro artículo la relación intrínseca, relación de causa a efecto, entre la venida del Señor y la consumación de su Iglesia que es su reino.

27. La bienaventuranza celestial otorgada a los justos es un acto de justicia divina. El Concilio de Trento llama a la bienaventuranza eterna «retribución» y «recompensa» para los justos que perseveran en la gracia (Decreto sobre justificación, canon 26). Aunque niega que podamos estar seguros por nuestras obras de perseverar en la gracia (canon 22).



La realeza de Cristo frente al laicismo

Hace ahora ochenta años se publicó el libro del padre José M. Bover, S.I., titulado Jesu-Cristo. La realeza de Jesu-Cristo estudiada en las Sagradas Escrituras (El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1926). No había transcurrido un mes desde la publicación de la encíclica Quas primas, cuando el ilustre escriturista sacaba a luz este pequeño libro. De esta obra extraemos los párrafos que publicamos a continuación.

EL gobierno del Rey Mesías no es político: es verdad. Pero no lo es el que los políticos y la política estén exentos de la jurisdicción y del gobierno del Rey Mesías. Ya hemos visto, y es menester repetirlo, que la realeza y el gobierno del Mesías se extiende sobre las naciones en cuanto naciones y sobre los gobernantes en cuanto gobernantes. La confusión que se ha padecido en este punto ha sido funestísima, y origen principal de todos los males que afligen a la moderna sociedad. Digámoslo más claro.

El liberalismo, aun el que no se ha atrevido a romper abiertamente con Jesu-Cristo ha confundido lastimosamente estas dos ideas: «El gobierno de Jesu-Cristo no es político». «La política y los políticos nada tienen que ver con Jesu-Cristo». De la primera, que es verdadera, han sacado la segunda, que es enteramente falsa, absurda e impía. No nos dejemos seducir por ese paralogismo. Entendemos que, aunque el gobierno de Jesu-Cristo no es político, sin embargo la política y los políticos han de estar sometidos al gobierno soberano de Jesu-Cristo. Dos comparaciones darán mayor claridad y relieve a esta verdad, aunque de suyo bastante manifiesta por sí misma.

Dios, en virtud de su dominio soberano y absoluto, hubiera podido reservarse todo derecho de propiedad sobre los bienes terrenos, dejando a los hombres el simple uso o usufructo. No lo ha querido así; sino que, reservando para sí solamente el dominio *alto*, ha concedido a los hombres verdadero derecho de propiedad sobre los bienes que legítimamente poseen. Dios, por tanto, ha cedido generosamente a los hombres el derecho inmediato de propiedad sobre sus bienes, y su libre administración. ¿Qué se sigue de ahí? ¿Síguese acaso que este derecho y administración están exentos del dominio de Dios? De ninguna manera: sino que los hombres, con todo su derecho de propiedad, en la administración y uso de sus bienes deben estar sometidos a la ley de Dios y rendirle un día cuenta estrecha de ella. El derecho de propiedad, en cuanto tal, aunque lo posea el hombre, debe reconocer la soberanía y la jurisdicción de Dios. Quien se imaginase que por poseer como

propio este derecho puede ejercerlo independientemente de la soberanía de Dios, padecería una equivocación lamentable: la misma exactamente que padecen los gobernantes liberales, cuando, porque poseen y ejercen el gobierno político de los pueblos, se imaginan que su política no debe estar subordinada a la realeza de Dios y de Jesu-Cristo.

La benévola discreción del lector nos permitirá otra comparación. Dios ha cedido al marido sus derechos conyugales sobre su mujer, lo mismo que a la mujer sobre su marido. Si, pues, el marido, por poseer y ejercer libremente sus derechos conyugales, los declarase independientes de la jurisdicción de Dios, caería en una equivocación absurda: la misma, ni más ni menos, en que cae el liberalismo, cuando pretende sustraer del dominio y gobierno de Dios los derechos políticos y su ejercicio.

En suma: la soberanía de Dios alcanza, no sólo al hombre en abstracto, sino también al hombre en el ejercicio de todos sus derechos. Dios no es el propietario inmediato de mis bienes: pero yo en el ejercicio de mi derecho de propiedad debo reconocer la soberanía de Dios. Dios no es comerciante: pero el comerciante debe someter su comercio a la jurisdicción de Dios. Dios no es marido o padre de familia: pero el marido y el padre de familia, en cuanto tal, debe sujetarse a las leyes de Dios. De la misma manera, Dios no ha querido gobernar políticamente los pueblos: mas los pueblos como pueblos, la sociedad como sociedad, los gobernantes como gobernantes, la política como política, deben reconocer la más rendida sumisión, el más absoluto vasallaje, a la realeza soberana, al dominio supremo del que es Rey de las naciones y de los reyes.

Si los males que padecemos han nacido de la funesta equivocación de los políticos, que han declarado su política independiente de Dios y de su Cristo, el remedio de ellos no puede venir sino de la declaración y de la práctica contraria: que reconozca a Dios y a su Cristo la debida sumisión. La paz, la verdadera paz, que tanto ansiamos, no la gozaremos hasta el día en que el gobierno político de los pueblos reconozca la soberanía social de Jesu-Cristo.

Los ángeles «psycogogos» (II)

Testimonios de la antigüedad cristiana

GUILLERMO PONS PONS

EL valor de los apócrifos, especialmente por lo que atañe a la consideración de los ángeles como *psycogogos*, radica en el hecho innegable de que estos libros, tanto los gnósticos o heréticos como los de doctrina ortodoxa, aporten testimonios interesantes acerca de la mentalidad religiosa y de los valores culturales o populares que se reflejan en tales escritos. No es extraño, pues, que en ellos quede bien reflejado el pensamiento antiguo de importantes sectores de la sociedad cristiana de los primeros siglos acerca de los ángeles como conductores o acompañantes de las almas hacia el más allá.

En el apócrifo del siglo primero conocido como *El testamento de Abraham* se refiere que el arcángel Miguel fue enviado por Dios al santo patriarca, junto a la encina de Mambré, para anunciarle su próxima muerte. Después de mutuos y elogiosos saludos, Abraham vio que un alma llevada de la mano por un ángel estaba suspendida en el aire y preguntó a Miguel cuál era la razón de ello. El arcángel le contestó que esa alma no podía ser condenada ni salvada porque sus obras buenas tenían el mismo peso que sus malas acciones. Entonces el santo patriarca se interesó por añadir algún peso a las obras buenas de aquella alma y dijo a Miguel:

Hagamos ahora una plegaria a favor de esa alma y veamos si Dios nos escucha favorablemente. Sea así, respondió el arcángel. Entonces ellos hicieron su petición y súplica en favor de esa alma, y Dios les escuchó. Se levantaron, al concluir la plegaria y ya no vieron el alma donde antes estaba. Abraham entonces dijo al ángel: «¿Dónde está el alma que antes estaba detenida en el aire?». El ángel le respondió: «Ella ha sido salvada gracias a tu santa plegaria, he aquí que un ángel lleno de luz la ha tomado consigo y la ha conducido al paraíso». Entonces Abraham exclamó: «Sea dada gloria al nombre de Dios altísimo y a su misericordia infinita».¹⁷

En la *Historia de José el carpintero*, compuesta probablemente hacia el siglo IV, se halla muy desarrollado el tema de los ángeles como

psycogogos. Se presenta a Jesús en el Monte de los Olivos, relatando a los apóstoles la muerte de José, su padre según la ley y esposo virginal de María. En una oración que José hace en el lecho de muerte, entre otras cosas, dice:

«Ahora, pues, Señor mío, haz que tu ángel esté al lado de mi alma y de mi cuerpo para que esta recíproca separación se consume sin dolor. No permitas que aquel ángel que me fue dado el día en que salí de tus manos vuelva hacia ti airado su rostro a lo largo de este camino que emprendo hasta ti, sino que se muestre más bien amable y pacífico. No permitas que aquellos cuya faz se muda dificulten mi marcha hacia ti. No consientas que mi alma caiga en manos del cancerbero y no me confundas en tu tribunal formidable. No permitas que las olas de ese río de fuego en que han de ser acrisoladas todas las almas, antes de ver la gloria de tu rostro, se vuelvan furiosas contra mí. ¡Oh Dios, que juzgas a todos en verdad y en justicia, ojalá que tu misericordia me sirva ahora de consuelo, ya que tú eres la fuente de todos los bienes y a ti se te debe toda la gloria por eternidad de eternidades! Amén». [...] Al exhalar su espíritu [dice Jesús] yo le besé. Los ángeles tomaron su alma y la envolvieron en lienzos de seda. Yo estaba sentado junto a él, y ninguno de los circunstantes cayó en la cuenta de que había expirado. Entonces puse su alma en manos de Miguel y Gabriel para que le sirvieran de defensa contra los genios que acechan en el camino. Y los ángeles se pusieron a entonar cánticos de alabanza ante ella, hasta que por fin llegó a los brazos de mi Padre.¹⁸

En el apócrifo de la Pasión llamado *Actas de Pilato* se narra la entrada del buen ladrón en el paraíso y su encuentro con el arcángel Miguel, quien actúa como introductor, tanto del ladrón perdonado en el Calvario como de Adán y de los justos liberados al descender el Señor a los infiernos:

Vino otro hombre de apariencia humilde, que llevaba además sobre sus hombros una cruz. Dijéronle los santos padres: ¿Quién eres tú, que tienes aspecto de ladrón, y qué es esa cruz que llevas sobre los hombros? Él respondió: Yo, según decís, era ladrón y salteador en el mundo, y por eso me detuvieron

17. VINCENT KLEE, *Les plus beaux textes sur les saints anges* (Nouvelles Editions Latines, Paris 1984) 70.

18. *Historia de José el carpintero*, 13, 5-10; 23, 1-4, *Los evangelios apócrifos*: BAC 148, 366, 372-373.

los judíos y me entregaron a la muerte de cruz juntamente con Nuestro Señor Jesucristo. Y mientras estaba Él pendiente de la cruz, al ver los prodigios que se realizaban, creí en Él y le rogué, diciendo: Señor, cuando reinares, no te olvides de mí. Y Él me dijo en seguida: De verdad, de verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso. He venido, pues, con mi cruz auestas hasta el paraíso, y encontrándome al arcángel Miguel, le he dicho: Nuestro Señor Jesús, el que fue crucificado, me ha enviado aquí; llévame, pues, a la puerta del Edén. Y, cuando la espada de fuego vio la señal de la cruz, me abrió la puerta y entré. Después me dijo el arcángel: Espera un momento, pues viene también el primer padre de la raza humana, Adán, en compañía de los justos, para que entren también ellos dentro.¹⁹

El apócrifo ascensionista llamado *Libro de san Juan Evangelista* se refiere a la intervención de los ángeles en la ascensión de María y se expresa así:

Y mientras todos nosotros estábamos en oración, aparecieron multitudes incontables de ángeles, y el Señor estaba lleno de majestad sobre los querubines. Y he aquí que se irradió un efluvio resplandeciente sobre la santa Virgen por virtud de la presencia de su Hijo unigénito, y todas las potestades celestiales cayeron en tierra y le adoraron.²⁰

Según el *libro de Juan arzobispo de Tesalónica*, María después de haber recibido una palma como anuncio de su tránsito y en previsión de sus exequias, se encaminó al monte de los Olivos, donde de nuevo se le apareció un ángel, que le dijo:

«Yo soy el que tomo las almas de los que se humillan a sí mismos ante Dios y el que las traslado al lugar de los justos el mismo día en que salen del cuerpo. Y por lo que a ti se refiere, si llegas a abandonar el cuerpo, yo mismo en persona vendré por ti». Dícele entonces María: «Señor mío, ¿en qué figura vienes a los elegidos? Dime, pues, lo que es; dímelo para que yo obre como conviene cuando vengas a asumirme». Él le responde: «¿Qué es lo que tienes, Señora? Has de saber que, cuando envíe por ti el Señor, no vendré yo sólo, sino que acudirán también todos los ejércitos angélicos e irán cantando ante ti». El ángel, en diciendo esto, se hizo como luz y subió al cielo. [...] [Después, sin embargo, María recuerda que el Señor le había dicho]: «No llores; no son ángeles ni arcángeles, ni querubines, ni serafines, ni ninguna otra potestad, los que han de venir por ti, sino que yo mismo en persona vendré a recoger tu alma».²¹

19. *Actas de Pilato*, 2, 10: BAC 148, 481-482.

20. *Libro de san Juan Evangelista*, 38: BAC 148, 637.

21. *Libro de Juan arzobispo de Tesalónica*, 3-4: BAC 148, 655-657.

En el mismo libro se refiere que fue Cristo, acompañado de los ángeles, quien se hizo presente junto al lecho de María el día de su tránsito para recibir su alma:

Y he aquí que de repente se presenta el Señor sobre las nubes con una multitud sin número de ángeles. Y Jesús en persona, acompañado de Miguel, entró en la cámara donde estaba María, mientras que los ángeles y los que por fuera rodeaban la estancia cantaban himnos. Y, al entrar, encontró el Salvador a los apóstoles en torno a María y saludó a todos. Después saludó a su madre. [A continuación la Virgen dijo una oración de acción de gracias y alabanza a Dios]. El Señor tomó su alma y la puso en manos de Miguel, no sin antes haberla envuelto en unos como velos, cuyo resplandor es imposible describir.²²

En los apócrifos y otros escritos que tratan del traspaso de María a la otra vida, se insinúa que su alma fue llevada directamente al cielo, mientras que su cuerpo habría sido depositado en el paraíso terrenal también por medio de los ángeles. En la narración ascensionista atribuida a José de Arimatea se asegura, sin embargo, que no sólo el alma, sino también el cuerpo de María fue transportado al cielo por ministerio angélico:

Llegado el domingo, y a la hora de tercia, bajó Cristo acompañado de multitud de ángeles, de la misma manera que había descendido el Espíritu Santo sobre los apóstoles en una nube, y recibió el alma de su madre querida. Y mientras los ángeles entonaban el pasaje aquel del *Cantar de los Cantares* en que dice el Señor: «Como el lirio entre espinas, así mi amiga entre las hijas», sobrevino tal resplandor y un perfume tan suave, que todos los circunstantes cayeron sobre sus rostros (de la misma manera que cayeron los apóstoles cuando Cristo se transfiguró en su presencia en el Tabor), y durante hora y media ninguno fue capaz de incorporarse. [...] Después los apóstoles depositaron el cadáver en un sepulcro con toda clase de honores y rompieron a llorar y a cantar, por lo excesivo del amor y de la dulzura. De pronto se vieron circundados por una luz celestial y cayeron postrados en tierra, mientras el santo cadáver era llevado al cielo en manos de ángeles.²³

En los libros apócrifos que adoptan la forma del modelo apocalíptico no faltan alusiones a los ángeles como ministros de la conducción de las almas a la salvación eterna. Veamos algunos ejemplos. En el *Apocalipsis de Pedro*, leemos:

22. *Ibid*, 12: BAC 148, 675-676.

23. *Libro del pseudo José de Arimatea*, 11 y 16: BAC 148, 693-696.

Después los ángeles conducen a mis elegidos y a mis justos, perfectos en toda justicia. Ellos les llevan en sus manos y dicen: «Revistámosles de un instrumento de vida celestial».²⁴

En el *Apocalipsis de Pablo*, el Apóstol, al referir las visiones que un ángel le pone ante su ojos, dice.

He aquí un río, cuyas aguas eran blanquísimas, más que la leche. Entonces pregunté al ángel: «¿Qué es esto?» Y él me dijo: «Es el lago Aquerusa, donde está la ciudad de Cristo. Mas no a todos les está permitido entrar, pues este es el camino que conduce a Dios. Si alguno es fornicario o impío, y después se arrepiente, rectifica y hace frutos dignos de penitencia, cuando deja su cuerpo, es conducido ante todo a adorar a Dios; después por disposición del Señor, es entregado al ángel Miguel, el cual lo lava en el lago de Aquerusa, y de esta manera lo hace entrar en la ciudad de Cristo, con aquellos que no han cometido pecado alguno». Me admiré y bendije al Señor Dios por todo aquello que yo había visto.²⁵

Relatos semejantes a los de la literatura apócrifa se multiplican en siglos posteriores. Estas supuestas elevaciones por los aires bajo la guía de ángeles sirvieron de apoyo a multitud de leyendas y elucubraciones medievales, que tuvieron una especial floración en Irlanda. También en Inglaterra aparecen narraciones acerca de viajes extraterrestres, como es el caso de un muchacho enfermo de catorce años, llamado Orm, a quien el arcángel Miguel habría acompañado por lejanos espacios siderales hasta llevarle a la presencia de Cristo y de María, entre una multitud de ángeles, tal como aparece minuciosamente descrito en una carta del siglo XI, que se conservó en la abadía de Lincolnshire.²⁶

«Pasiones» o relatos de martirio

A PARTE del conjunto de actas de mártires que pueden ser consideradas auténticas, dada la fiabilidad de sus fuentes y su proximidad histórica a los acontecimientos narrados, existe una copiosa literatura, recogida en «pasionarios» que tenían un destino de carácter litúrgico, en los cuales se recogen, sin duda, datos históricos, pero mezclados frecuentemente con un copioso material de fic-

ción o legendario. Tales son las «pasiones» de muchos mártires famosos, escritas a distancia de siglos, pero que caen dentro de la época que puede considerarse como de la antigüedad cristiana. Además de muchas afirmaciones acerca de los ángeles como consoladores de los mártires en el decurso de sus tormentos, hallamos también referencias a su actuación como guías en su tránsito a la gloria celeste.

En referencia a san Román y sus compañeros que padecieron en Antioquia en tiempos de Diocleciano, leemos que viendo el santo que un niño, que estaba implicado en el proceso y que valientemente había confesado la fe, iba a ser también martirizado, exclamó:

Te bendigo, Señor Jesucristo, autor de la luz y del día, redentor de las almas que creen en ti, puesto que por razón de mí has coronado a este pequeño y te apresuraste a agregarlo a tus mártires, de modo que sea recibido en las manos de tus ángeles.²⁷

Máximo, uno de los mártires asociados a santa Cecilia, cuando ésta era sepultada, da testimonio de la acción de los ángeles:

Cuando los santos eran azotados contemplé a unos ángeles de Dios, brillantes como el sol, y que cuando las almas dejaban sus cuerpos, cual vírgenes que salían del tálamo, las recibían en sus coros y, sirviéndose de sus alas como de remos, las conducían a los cielos.²⁸

En el relato del martirio de los santos Facundo y Primitivo, se afirma que uno de los espectadores, bajo el impulso de la gracia divina atestiguó lo siguiente:

Veo dos coronas que descienden del cielo, sosteniéndolas dos ángeles que esperan a estos justos a fin de que, una vez coronados, se los lleven consigo al cielo.²⁹

Respecto de santa Teodosia, mártir de Cesarea en tiempos de Diocleciano, se dice que al tiempo de su muerte se escuchó una voz del cielo que decía:

Ven, oh Teodosia, reposa después de tantos tormentos. Ven y entra en el gozo de tu Esposo; mira lo que tu Señor te ha prometido. Están ya preparados los ángeles y arcángeles que han de recibirte.³⁰

Podríamos ofrecer otros muchos testimonios

24. *Apocalipsis de Pedro, La gloria de los justos*, Texto etiópico: *Gli Apocrifi del Nuovo Testamento III* (Marietti, Casale Monferrato 1969) 223.

25. *Apocalipsis de Pablo, 22: Gli Apocrifi del Nuovo Testamento*, cit., 368.

26. Cf. PHILIPPE BAUD, *L'abîme des Anges* (Editions saint Augustin, Saint-Maurice 2003) 203.

27. A. FÁBREGA GRAU, *Pasionario hispánico*, II (Madrid 1955) 22.

28. *Ibid.*, 36.

29. *Ibid.*, 56.

30. *Ibid.*, 254.

acerca de la recepción gloriosa de los mártires en los cielos, en la que intervienen los ángeles. En la pasión de los santos niños Justo y Pastor, por ejemplo, se dice que, «el Salvador recibió al punto sus almas, mostrándose abiertos los cielos, entre las aclamaciones de triunfo de los ángeles y de los coros de mártires».³¹

Testimonios arqueológicos

CONVIENE visitar la antiguas basílicas o bajar las galerías y cubículos de los antiguos cementerios cristianos de Roma, donde habremos de encontrar algún hermoso testimonio acerca de la acción de los ángeles como guías de las almas hacia el cielo o como quienes tienen a los mártires integrados en sus coros celestiales. Con razón un obispo francés, dotado de inspiración poética, con unos bellos versos asegura que desde el fondo de esas criptas podremos contemplar el cielo: *Descende, descendez au fond des catacombes, / Aux plus bas lieux, / Descendez, le coeur monte, et du huut de ces tombes / On voit les cieux!*³².

En el cementerio de Calixto aparece en la tumba de un niño la inscripción dedicatoria de su padre, que dice así: SEVERO, FILIO DULCISIMO LAURENTIUS / PATER BENEMERENTI, QUI BIXIT ANN. IIII, ME. VIII, DIES V / ACCERSITUS AB ALGELIS VII IDUS IANUA. (A Severo, hijo dulcísimo, Lorenzo padre al benemerente; quien vivió cuatro años, ocho meses, cinco días, recogido por los ángeles el 7º de las idus de enero).³³

En la basílica constantiniana de San Lorenzo en el Agro Verano figuraba una inscripción correspondiente a la tumba del archidiacono Sabino (siglo V) en la que leemos: IAM TONAT ANGELICO RESONANS TUBA COELITUS ORE / ET VOCAT UT SCANDANT CASTRA SUPERNA PIOS / AT TU LAURENTI MARTIR LEVITA SABINUM / LEVITAM ANGELICIS NUNC QUOQUE JUNGE CHORIS (Ya resuena desde el cielo la trompeta en boca de los ángeles y llama a los piadosos a fin de que suban al campamento de lo alto. Tú, oh levita mártir Lorenzo, haz que el levita Sabino ahora sea unido a los coros celestes).³⁴

En un corredor bastante apartado, dentro del ce-

menterio de Pretextato, se halla la tumba de un sacerdote no cristiano, llamado *Vincentius*, adornada con escenas mitológicas, pero ejecutadas con evidentes influjos del arte cristiano. Se trata en efecto de un monumento de principios del siglo IV en que el cristianismo había adquirido una personalidad propia y destacada dentro de los complejos funerarios romanos. La primera escena representada lleva el título de *abreptio Vibies et disceptio* y hace referencia a una difunta llamada Vibia. Esta mujer aparece conducida sobre una cuadriga regida por Plutón como auriga, pero guiada a pie por *Hermes psycopompos*, personaje de la mitología romana. A continuación un *angelus bonus*, con indumentaria típicamente cristiana, o sea, con sandalias, túnica y palio, introduce la difunta a una *coena coelestis*.³⁵ Estas pinturas vienen a ser una manifestación de la concomitancia y mutua influencia de los conceptos paganos y cristianos en la imaginativa descripción de escenas celestiales y del cometido en ellas asumido por los ángeles.

En otros objetos funerarios antiguos, tanto si se trata de marfiles como de tablillas, se representa la escena del viaje hacia el paraíso, en la que el alma es conducida por un ángel, representado sin especiales emblemas, como el de las alas que aparecen en el arte cristiano después de la paz constantiniana.³⁶

Las conclusiones que cabe deducir de los testimonios aportados pueden resumirse así:

1º. La convicción cristiana acerca del ministerio de los ángeles como *psycogogos* se basa principalmente en la doctrina de que los ángeles reciben el encargo de ser custodios de los hombres y en especial de cada uno de los cristianos. Es lógico, pues, suponer que esta misión no cesa hasta que el alma del justo es conducida a la gloria del cielo.

2º. La consideración de que los ángeles acompañan hasta el cielo a los justos se halla documentada por lo menos desde principios del siglo III, sobre todo por lo que se refiere a los mártires.

3º. Las conexiones y el mutuo influjo que se pueden descubrir entre las concepciones de origen bíblico y las provenientes de la mitología grecorromana o de los cultos orientales difundidos en tiempos del Imperio, no implican que la convicción cristiana acerca de esta materia obedezca a una contaminación de la piedad popular proveniente de ideas o prejuicios que deriven del paganismo ambiental.

35. CARLO MARIA KAUFMANN, *Manuale di archeologia cristiana* (Roma 1908) 274-275.

36. *Ibid.*, 369.

31. *Ibid.*, 330.

32. MGR. GERBET, *Esquisse de Rome Chrétienne*, 3, citado en HORACE MARUCCHI, *Guide des Catacombes romaines* (Roma 1900) 6.

33. DIEHL 3354: KIRSCHBAUM –JUNYENT – VIVES, *La tumba de san Pedro y las catacumbas romanas* (BAC Madrid 1954) 498.

34. HORACE MARUCCHI, *Guide des Catacombes romaines* (Roma 1900) 241.

¿Quién es Jesús?

JUAN RAMÓN ZABALEGUI

JESÚS, según nos enseña el Catecismo de la Iglesia católica, significa «Dios salva»¹ en hebreo; y *Cristo* proviene del griego, y quiere decir «el Ungido» y a su vez tiene su origen en el término hebreo «Mesías».²

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Lc 9,18). Estas palabras del Evangelio resuenan con fuerza hoy en un mundo que no reconoce a Cristo y muchos de los que le confiesan no lo hacen como la Iglesia enseña. Ésta responde con san Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). Cristo, tras pronunciar Pedro estas palabras, le contesta que no ha sido la carne sino Dios Padre quien se lo ha revelado e instituye a Pedro como cabeza de la Iglesia, como roca, con autoridad para «atar y desatar» en la tierra y en el cielo.

Es providencial esta respuesta de Pedro, ya que adelanta lo que la Iglesia irá atando durante los ocho primeros siglos de su historia. Ella nos mostrará, con gran perfección por medio de sus siete primeros concilios ecuménicos, la verdadera divinidad de Cristo a la vez que su verdadera humanidad.

Las actuales corrientes cristológicas inciden en separar la humanidad de Cristo de su divinidad (el Jesús «histórico» frente al Jesús «de la fe») incidiendo más en uno que en otro aspecto y llegando incluso a negar uno de los dos. Los que niegan su divinidad hacen de Cristo una especie de superhombre de gran fuerza de voluntad y por ello, «imitable», sin necesidad, por tanto, de la gracia para la salvación. Los que niegan su humanidad no pueden por menos que escandalizarse ante la cruz a la que no ven ningún sentido. «El problema esencial de nuestra fe es quién es nuestro Salvador».³

Primeros errores

Los Apóstoles transmitieron lo que habían visto y oído. Cuando las generaciones posteriores se enfrentaron al misterio de Cristo, los primeros en dejarse tentar por la soberbia humana de no reconocer en plenitud a Cristo se dieron entre

los judíos convertidos al cristianismo. De algunos de ellos surgió lo que conocemos como el «error judío», que consistió en admitir a Cristo como Mesías pero, en el fondo, sin reconocer que Jesucristo es el *mismo Dios* que por pura misericordia se ha hecho hombre para salvarnos. La salvación se obtiene por el mero cumplimiento de la Ley; por lo tanto, el Mesías alcanza un horizonte terreno con unas esperanzas de liberación puramente carnales. Cristo es un «libertador de las opresiones humanas, maestro y ejemplo de justicia, pero no Aquel que nos salva de los pecados».⁴

En este planteamiento se puede observar la similitud con respecto a la teología de la liberación que, como se ve, no es tan moderna ni tan actual, y no es sino consecuencia del orgullo humano de creernos que es por nuestras propias fuerzas como conseguimos la salvación y traemos al mundo la verdadera justicia. Estos primeros judaizantes entendían que el Mesías era un hombre pero «no Dios hecho hombre»⁵ y esperaban de Cristo que les liberase de sus opresores pero no de sus pecados. En el siglo segundo, estos recibieron el nombre de ebionitas, que significaba «los pobres».

El misterio trinitario

EN TRE los siglos II al IV se desarrollarán dos corrientes, ambas erróneas, cuyas afirmaciones serán teóricamente contrarias.

La primera corriente insistirá en el monoteísmo, pero en clara oposición a la Trinidad del cristianismo auténtico, para afirmar que Jesús no es Dios. Y de aquí derivarán diversas interpretaciones:

Monarquianismo: esta herejía declaraba que Dios es uno negando la muerte redentora de Cristo, es decir, la salvación viene imitando el *estilo de Jesús*, siguiendo su ejemplo y magisterio pero sin necesidad de la gracia. De este monarquianismo derivarán a su vez:

Modalismo: herejía que interpretaba que los nombres de las personas divinas (Padre, Hijo, Espíritu Santo) eran modos de manifestarse Dios a los hombres según la obra que realiza; modos, en definitiva, de una sola naturaleza y persona: Dios.

1. Catecismo de la Iglesia católica, núm. 430.

2. Catecismo de la Iglesia católica, núm. 436.

3. Canals Vidal, Francisco: *Los siete primeros concilios. La formulación de la ortodoxia católica*. Barcelona, Scire, 2003, pág. 26.

4. Canals, ob. cit., pág. 28.

5. Canals, ob. cit., pág. 28.

Adopcionismo: herejía que interpretaba que Jesús es un hombre, excepcional, adoptado por Dios como hijo y al que transmite su fuerza o *dynamis* divina. De ahí que también se denomine a este error doctrinal como monarquianismo dinamista.

La segunda corriente viene provocada por el intento de contrarrestar el error anterior. Surge con Orígenes, un hombre culto pero con contenidos doctrinales heterogéneos que derivarán algunos de ellos en errores graves. Este, por oponerse a los monarquianistas, tendió hacia un *subordinacionismo*, es decir, «Dios uno es Dios Padre; subordinado eternamente a Él, hay una segunda hipóstasis (o persona) el Verbo. Subordinada al Verbo y al Padre, hay una tercera hipóstasis, también divina, el Espíritu Santo».⁶

Se establece una cierta jerarquía que, hacia el siglo IV, recogerá Arrio, presbítero de origen libio formado en la escuela de Antioquia (al sur de Asia Menor) y trasladado hacia el año 300 a Alejandría. Éste afirma en sentido literal: «El Padre es ingénito, sin principio; el Hijo es creado y con principio en el tiempo».⁷

El arrianismo cobrará fuerza en el siglo IV. Surgirá como resultado de los errores anteriormente citados, mezclados extrañamente, y forzando, en definitiva, la predicación apostólica y los Evangelios para satisfacer el orgullo humano de no reconocer, en este caso, la verdadera divinidad de Cristo. Arrio defenderá que el Hijo es creatura, creado por Dios, luego posterior, inferior, «eterno pero con principio, no coeterno con el Padre».⁸ Defenderá que Jesús no es consustancial, de la misma naturaleza; que no es Dios.

La clarificación de los errores: los siete primeros concilios ecuménicos y los grandes padres de la Iglesia

Los llamados *siete primeros concilios* –comunes a la Iglesia oriental y occidental, y a la llamada Iglesia ortodoxa, separada de la romana en el siglo XI–, expresaron «el fundamental tesoro dogmático trinitario, *cristológico* y *eclesiológico*»⁹ de la Iglesia. Combatieron los errores y definieron con precisión el dogma cristológico que se mantiene hasta hoy gracias también a la in-

tervención de los grandes Padres de la Iglesia como san Atanasio o san Cirilo. Todos ellos se celebraron en Oriente. Y allí se había trasladado la capital del Imperio romano a partir del siglo IV, a Constantinopla.

1. Concilio de Nicea I, 325. El emperador romano Constantino lo convoca alarmado por las disputas entre los cristianos ante las enseñanzas erróneas de Arrio. Surge, frente a éste, la figura inconmensurable de san Atanasio que le da réplica y triunfa logrando la condena de las tesis arrianas. Se redacta el Símbolo de Nicea por el que se confiesa que el Hijo es verdadero Dios, no creatura. No otro Dios pero sí otra hipóstasis, otra persona, de la misma *naturaleza* y *esencia* del Padre. Engendrado, no creado, consustancial al Padre («*Homoousios to Patrí*»)¹⁰.

Este es nuestro Credo. Lo recitamos en la misa. Profesamos la fe de que Jesús es Hijo de Dios. La defensa que llevó a cabo san Atanasio le valió ser considerado como «*padre de la fe ortodoxa de Cristo*»¹¹ porque nos abrió los ojos y nos enseñó la verdadera fe en Cristo.

A pesar de esta victoria de la fe, incomprensiblemente tardó en instaurarse la verdad debido a que el arrianismo se había extendido entre obispos y autoridades. Se mezcló con la política del entonces Imperio romano y provocó la persecución de Atanasio, que sufrió destierro durante veinte años, siendo ya patriarca de Alejandría desde el 328 al 373. El arrianismo se extendió por todo el Imperio, pese a Nicea, llegando a Occidente.

2. Concilio de Constantinopla I, 381. También convocado por un emperador, Teodosio, en su origen fue un sínodo de las provincias de Oriente. Pero, debido a su trascendencia, fue reconocido como Concilio universal de la Iglesia a partir del Concilio de Calcedonia en el 451.

En Constantinopla I se reafirmó la condena del arrianismo y se definió la divinidad del Espíritu Santo. También quedó configurada la doctrina de la plenitud de la *naturaleza humana* de Cristo. Este último punto es de vital importancia porque al afirmar que «*Cristo se ha hecho hermano nuestro, en todo semejante a nosotros menos en el pecado*» (Hechos 4,15), afirmamos que Jesús asumió la naturaleza humana por completo, luego es hombre verdadero como es Dios verdadero. Lo tiene todo de nosotros, excepto el pecado y el desorden que trae este consigo. Al asumir por completo la naturaleza humana nos salva por completo. Lo no asumido no puede

6. Canals, ob. cit., pág. 33.

7. Pérez-Mosso Nenninger, Antonio: *Apuntes de historia antigua y medieval*. Aoiz, 2004, pág. 57.

8. *Ibidem*.

9. Canals, ob. cit., pág. 17.

10. Canals, ob. cit., pág. 40.

11. Canals, ob. cit., pág. 41.

ser redimido. Esta afirmación surgió por el error apolinarista.

Apolinar de Laodicea defendía que Dios se ha encarnado y por ello se ha de negar la existencia del alma racional humana de Cristo. Negaba que Cristo tuviese un entendimiento y una voluntad humana. Esta doctrina era errónea ya que «*si no tuviese todo lo humano no brillaría el misterio de la divina dispensación de haber asumido una naturaleza humana (...) para salvar todo lo que había perecido*». ¹² Cristo, verdadero hombre, tiene voluntad humana, libre albedrío humano, sensibilidad humana y, por tanto, corazón humano.

No obstante, perduraron todavía en los siglos IV y V las discusiones referidas sobre todo a la precisión terminológica y a los conceptos *persona* y *substancia* o *naturaleza*. La fórmula trinitaria quedará zanjada al afirmar que Dios es uno y trino, es decir, tres personas (Padre, Hijo, Espíritu Santo) y una sola naturaleza o substancia.

3. Concilio de Éfeso I, 431. En este concilio se fijó «*la doctrina sobre la unidad de Cristo y su distinción de naturalezas*». ¹³ El origen hay que verlo en lo ya expuesto sobre las ideas de Apolinar al negar éste la naturaleza humana íntegra de Cristo. Frente a Apolinar ya se había opuesto el 2º Concilio; pero surge, para hacerle frente, la argumentación deficiente de Diodoro de Tarso, maestro de Teodoro de Mopsuesta, maestro éste a su vez de Nestorio.

Diodoro afirmaba que en Cristo se daban dos na-

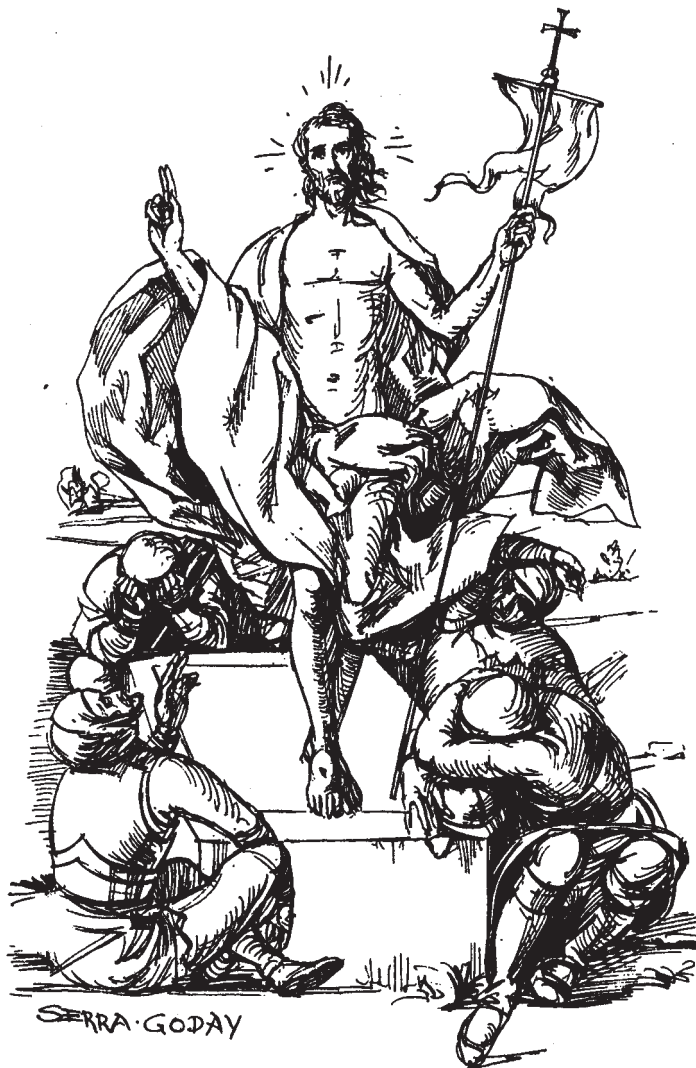
turalezas –los términos *naturaleza* y *persona* no estaban bien precisados en el siglo V–, pero además se daban en Cristo dos Hijos: «*el Hijo eterno, divino,*

preexistente, consubstancial con el Padre; y el hombre Jesús de Nazaret, también hijo de Dios. Había un Hijo eterno y otro temporal». ¹⁴ Esta polémica no pasó afortunadamente al pueblo cristiano pero sí formó a Nestorio del que brotará la herejía, que sacudió el siglo V cristiano, del nestorianismo.

Nestorio, monje predicador, elocuente, fue nombrado en el 428 Patriarca de Constantinopla y difundió las ideas de sus maestros. No llegó a afirmar que Cristo es puro hombre pero separó humanidad y divinidad de tal manera que niega la afirmación *María Madre de Dios*. «*Argumentaba que una mujer no puede dar a luz a Dios, que es eter-*

no» ¹⁵ sino que «*el Hijo de Dios descansa sobre aquel niño, que une a sí mismo en unidad de persona*». ¹⁶ María, declara, es Madre de Cristo pero no Madre de Dios. Estalla el escándalo y el conflicto entre los cristianos de Oriente.

Así como hubo un Atanasio frente al error de Arrio, surgió la figura enorme de san Cirilo, patriarca de Alejandría, frente a Nestorio. San Cirilo afirmará con vigor la verdad proclamando que «*Dios ha querido redimirnos, y para ello ha querido ser hombre como nosotros, el hijo de Dios no ha venido a unirse a un hombre que hubiese nacido de María, sino que Él mismo se ha hecho hom-*



12. Canals, ob. cit., pág. 63.

13. Pérez-Mosso, ob. cit., pág. 96.

14. Canals, ob. cit., pág. 77.

15. Canals, ob. cit., pág. 78.

16. Ibídem.

17. Canals, ob. cit., pág. 81.

bre naciendo de ella».¹⁷ Dios se hace carne, pequeño como nosotros, por pura misericordia. María es Madre de Dios y este el misterio de la economía salvífica de Dios.

Nadie discutía entonces, lo tenían clarísimo, la virginidad de María, ni siquiera Nestorio, sino que la cuestión de fondo era si Cristo es un hombre en el que Dios ha entrado (una especie de templo en el que Dios descansa) o si Cristo es Dios mismo encarnado. Hay en este planteamiento un punto de orgullo y de soberbia en el que no se reconoce la Encarnación redentora sino que «en el hombre (hay) una tan alta dignidad que lo habría elevado hasta Él».¹⁸ Dios premia a un hombre; no es Dios que se abaja misericordiosamente. «Los nestorianos no entendieron la humildad de Dios».¹⁹

El emperador Teodosio II convoca el Concilio de Éfeso, el tercero, en el 431. La corte imperial estaba a favor de Nestorio y el pueblo sencillo con san Cirilo. El Concilio se celebra y condena a Nestorio, que no se presentó, en medio de una serie de avatares que no es preciso detallar aquí. Lo fundamental es que se proclama y se profesa en Éfeso que María es Madre de Dios y se concluye con que «no se componga fórmula de fe que no sea la de Nicea».²⁰ Antes del Concilio, Nestorio ya había sido condenado en el 430 y advertido por el papa Celestino I. Este Papa mandó a san Cirilo ejecutar sus disposiciones. San Cirilo había enviado dos cartas a Nestorio y en una tercera carta, importantísima, le expone la verdadera fe sobre la Encarnación y adjunta en ella los famosos doce anatematismos que recogen doce sentencias que expresan la fe de la Iglesia sobre la Encarnación. Estos doce anatematismos serán reconocidos como de fe en el quinto Concilio, –Constantinopla II–, del 553. En el Concilio de Éfeso se leyeron los doce anatematismos para confirmar la condena de Nestorio. Es destacable el Canon I por su belleza y trascendencia:

«Si alguno no confiesa que el Emmanuel es verdaderamente Dios, y que por eso la Santa Virgen es Madre de Dios (pues dio a luz, según la carne, al Verbo de Dios encarnado), sea anatema».²¹

A pesar de todos los acontecimientos, Nestorio siguió propagando su herejía durante el siglo v. Sin embargo, el pueblo fiel acogió con gozo la definición de María Madre de Dios, como demuestra la dedicación de la basílica de Santa María la Mayor en Roma como primer templo occidental dedicado a la Virgen y «monumento conmemorativo de la definición de Éfeso».(22)

18. Canals, ob. cit., pág. 85.

19. Canals, ob. cit., pág. 86.

20. Pérez-Mosso, ob. cit., pág. 102.

21. Canals, ob. cit., pág. 94.

4. Concilio de Calcedonia, 451. Este concilio se celebra tan sólo veinte años después del anterior. En el siglo V ya se habían establecido claramente dos escuelas teológicas: la alejandrina y la antioquena. Entre ambas surgen enfrentamientos. El patriarcado de Antioquia continuó sus calumnias y acusaciones contra san Cirilo y procedieron a reivindicar de nuevo la terminología y los conceptos teológicos de Nestorio. Lo hicieron, sin embargo, apoyándose en sus maestros: Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuesta. Ambos no habían sido explícitamente condenados en Éfeso y se renovó la doctrina errónea de los dos Hijos radicalizándose el dualismo desintegrador de Cristo.

En el 444 muere san Cirilo, patriarca de Alejandría. El enfrentamiento entre las dos escuelas se hizo más enconado. Defensores de san Cirilo, como Eutiques, monje archimandrita de Constantinopla, cayeron en el error por exceso de celo y se negaron a hablar de dos naturalezas en Cristo por condenar el nestorianismo. Eutiques fue condenado por el Sínodo de Constantinopla en el 448, pero éste apeló al sapa, san León Magno, a Dióscoro de Alejandría, –sucesor de san Cirilo en el Patriarcado–, y a algunos obispos cirilianos. Eutiques acusó al Patriarca de Constantinopla, Flaviano, de nestorianismo y trató de influir en la corte imperial a través de un funcionario poderoso: el eunuco Crisafio. El papa san León Magno envía a Flaviano «una carta capital, dogmática a partir de Calcedonia».²³ En ella expone la verdad sobre la Encarnación y afirma que ésta no mengua ni reduce en nada la verdad de la naturaleza humana y divina de Jesús. Las dos naturalezas son en un solo sujeto o persona o hipóstasis, y cada naturaleza produce las obras que le son propias y cada una «en comunión con la otra».²⁴

Eutiques recurre al ya débil emperador, Teodosio II, para que convoque un concilio. Se celebra un segundo Concilio de Éfeso para rehabilitar a Eutiques y condenar a Flaviano. En aquel fiasco de Concilio se produjo un gran escándalo ya que uno de los legados enviados por el Papa se pronunció en contra de las decisiones aprobadas aquí. Estalló la violencia y el Concilio fue calificado por el Papa con el nombre de *latrocinio de Éfeso*. Muere el emperador Teodosio II y le sucede su hermana Pulqueria en el 450. Esta se casa con el senador y militar Marciano que será proclamado emperador. Ante las divisiones existentes convocará un nuevo Concilio, el de Calcedonia, del 451, pero el Papa asumirá su dirección y

22. Canals, ob. cit., pág. 103.

23. Pérez-Mosso, ob. cit., pág. 105.

24. *Ibidem*.

presidencia.

A este cuarto Concilio acuden numerosos Padres, unos 650. Aquí se aprobó la cuestión doctrinal de las dos naturalezas de Cristo: humana y divina. Se condena a Eutiques. El emperador reclamó «a los Padres de Calcedonia que elaboraran una fórmula de fe que permitiese rehacer la unidad de la Iglesia.»²⁵ Tras varias discusiones se redacta y aprueba la solemne definición dogmática de Calcedonia cuya fórmula declara: «que hay que confesar uno y el mismo Hijo, Señor nuestro, Jesucristo, Él mismo perfecto en la divinidad, verdaderamente Dios y verdaderamente Hombre, Él mismo integrado por un alma racional y un cuerpo, consubstancial al Padre según la divinidad, y consubstancial Él mismo con nosotros según la humanidad, en todo semejante a nosotros menos en el pecado (Heb 4,15) nacido de María Virgen, Madre de Dios».²⁶

Cristo es una sola hipóstasis, un solo sujeto, no una unión «moral» de sus dos naturalezas. Cristo es una sola Persona, la segunda de la Santísima Trinidad, en dos naturalezas. Los legados pontificios reconocieron como correcta la nueva fórmula de fe y fue promulgada en 25 de octubre de 451 en presencia del emperador y los obispos. El Concilio de Calcedonia fijó el dogma cristológico con términos más apropiados o desarrollados pero confiesa la misma fe que el de Éfeso de 431 sin ruptura y con plena continuidad doctrinal. Además potenció la proximidad del hombre al misterio de Dios al poner el acento sobre la verdadera humanidad de Cristo ya que orienta al cristiano en su relación con Dios a través de esta humanidad. También trajo consigo el desarrollo de la piedad mariana.

A la maravilla doctrinal de este Concilio, no le correspondió, sin embargo, un desarrollo evangélico y apostólico de la Iglesia de Oriente. La causa fue que en este Concilio se aprobaron treinta cánones y, entre ellos, el número 28, que pretendía justificar la preeminencia del patriarcado de Constantinopla respecto de los demás de Oriente, aunque sin ir contra Roma. Alegaban un motivo pagano, ser Constantinopla la capita del Imperio. Se mezcló lo civil y lo religioso para justificar la intromisión del emperador en asuntos eclesiásticos. El Concilio, enfrentado a los legados papales, aprobó estos cánones. Además, Nestorio, pretendió que el Concilio le había dado la razón y que había sido contrario a lo promulgado en Éfeso. Todo este cúmulo de aspectos políticos y doctrinales trajo consigo como consecuencia la denominada «tragedia» de Calcedonia. Los papas nunca aceptaron estos cá-

nonnes por lo que así se fue gestando poco a poco la futura separación de Constantinopla respecto de Roma –Oriente de Occidente–, que culminará en el siglo XI. Fue en el siglo IX (867-870), en el IV Concilio de Constantinopla, cuando se establecieron las sedes patriarcales en el siguiente orden: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

Tras Calcedonia, 451, la sede de Alejandría se sintió humillada, siendo como había sido la gran defensora de Roma en Oriente y es de notar como los avatares doctrinales del siglo V detuvieron el avance del Evangelio hacia Asia y África hasta prácticamente el siglo XIX.

5. Concilio de Constantinopla II, 553. Un nuevo emperador, Justiniano, convoca el Concilio. El Imperio romano ya había quedado definitivamente fragmentado en dos: Oriente y Occidente. Este último ya había sucumbido a las invasiones bárbaras y el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo, había caído en el 478. Sólo quedaba de Imperio romano, Oriente, con capital en Constantinopla.

Fue este concilio una espléndida síntesis de lo proclamado entre Éfeso y Calcedonia. Se precisaron terminológicamente las definiciones doctrinales de ambos Concilios; se condenó a Teodoro de Mopsuesta, verdadero maestro de Nestorio; los escritos de Teodoreto de Ciro, hostiles a san Cirilo, también fueron rechazados, y, lo más importante, se ratificaron los cuatro anteriores concilios «condenando a Arrio, Apolinar, Nestorio, Eutiques y Orígenes, juntamente con sus impíos escritos».²⁷

Es de notar la importancia de la condena de Teodoro ya que éste afirmaba que Cristo era puro hombre que, por su propia justicia o méritos, debía ser considerado como Hijo de Dios Padre. La salvación viene, por tanto, del propio hombre a través de sus propias fuerzas. La Tradición de la Iglesia, desde san Pablo, combatió este error. El santo Apóstol afirmaba que pudimos ser elevados por su gracia a Él ya que Aquel se abajó misericordiosamente. Esta consideración es básica para entender que toda la salvación del hombre viene, no por un orden social más justo, no por esfuerzos humanos, sino por Cristo.

6. Concilio de Constantinopla III, 681. En este Concilio se precisó «la doctrina sobre las operaciones y voluntades de Cristo contra la herejía que había surgido en el siglo VII, que suele llamarse «monotelismo», y que afirma una voluntad única en Cristo».²⁸ Esta herejía derivó del «monoenergismo»

25. Pérez-Mosso, ob. cit., pág. 108.

26. Canals, ob. cit., pág. 124.

27. Canals, ob. cit., págs. 150 -151.

28. Canals, ob. cit., pág. 159.

que afirmaba que en Cristo no se daba una dualidad de operaciones o «energías»: divinas y humanas, sino una sola, divina. Su promotor fue el Patriarca de Constantinopla Sergio, hombre influyente ante el emperador Heraclio. Se mezcló con estas herejías un fuerte componente político. Con esta fórmula monoenergista se intentaba atraer a los sirios y egipcios y reconciliarlos con Constantinopla ante el ataque de los persas que amenazaban con invadir esas regiones. El patriarca de Jerusalén, san Sofronio, defendiendo la ortodoxia y combatiendo la fórmula de Sergio, patriarca de Constantinopla, y de Ciro, patriarca de Alejandría, que se le había unido. Sofronio se apoyará en el Concilio de Calcedonia.

En esta cuestión, Sergio acudió al papa Honorio y éste se expresó con ambigüedad y calló, sin dar una definición monoenergista, aconsejando una táctica de silencio. Según decía el padre Orlandis: «los papas son infalibles cuando hablan, no cuando callan».²⁹ Y aquí el papa Honorio erró con su silencio ya que por ello la herejía monoenergista y posteriormente el monotelismo, continuaron en Oriente.

El siguiente papa, san Martín I, reunió en Occidente el Concilio de Letrán del 649 que, no siendo ecuménico como los que aquí tratamos, adquirió autoridad universal. Este Concilio de Letrán afirmó los cinco ecuménicos anteriores y precisó dualidad de operaciones y voluntades en Cristo. También afirmaron la virginidad perpetua de María, cuestión que jamás se ha considerado siquiera opinable en la historia de la Iglesia. La consecuencia de este Concilio occidental fue que el emperador apresó y desterró al papa Martín que murió preso y es por esto considerado como mártir de la fe.

Oriente, amenazado por la expansión del islam, busca en el 680 la unión con Occidente. Se convoca el Concilio de Constantinopla III y sexto ecuménico. El papa Agatón envía una Carta dogmática en donde apoya a san Sofronio y lo expuesto en Letrán. El Concilio condenó a los monotelitas y a los monoenergistas, ratificó Calcedonia y Éfeso, y confirmó la doctrina expuesta en la carta del papa Agatón. Se afirma «que las dos naturalezas operan conjuntamente en un solo operante que es Cristo, y que Cristo, que es el Hijo de Dios eterno, es plenamente hombre, con entendimiento y voluntad humanas».³⁰ Esta voluntad de Cristo está sometida a la voluntad divina no siendo contrarias, ni combatiendo, ni oponiéndose. «La voluntad humana de Cristo quiere lo que quiere el Verbo que quiera».³¹

No hay que olvidar que Cristo es Dios pero gracias a este Concilio se avanzó enormemente en el

29. Canals, ob. cit., pág. 163.

30. Canals, ob. cit., pág. 171.

31. Canals, ob. cit., pág. 173.

conocimiento de Cristo en su humanidad y en su verdadero culto en cuanto hombre. Ver un Cristo humano que nace en Belén hecho niño, cansado, que llora a sus amigos, nos hace comprender que Cristo ama también con corazón humano.

«Con el sexto Concilio tenemos ya una serie de definiciones: Cristo es Dios (Nicea, 325); el Espíritu Santo es Dios (Constantinopla I, 381); Cristo es Dios, luego su Madre es Madre de Dios (Éfeso, 431); Cristo es verdaderamente hombre (...) para salvarnos (Calcedonia, 451). La ratificación de todo esto es el quinto Concilio (Constantinopla II, 553); (...) no podía negarse, sin derogar Éfeso y Calcedonia, la operación humana y la voluntad humana de Cristo (Constantinopla III, 681)».³²

Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. El Padre y Él son uno. Por nuestra salvación se hizo hombre y nació de Santa María Virgen. Camino para ir a Dios en cuanto hombre, según santo Tomás, y encarnado para poder ser amigos de Él, según santa Teresa. Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Y no nos ha sido dado otro nombre por el que seamos salvos que el de Jesús. Esta es nuestra fe, la fe de la Iglesia, la que nos ilumina y nos da esperanza.

7. Concilio de Nicea II, 787. Este Concilio se celebró para condenar la herejía iconoclasta por la que se defendía que Cristo, la Virgen y los relatos evangélicos no podían ser representados en imágenes. Los iconoclastas persiguieron y destruyeron las representaciones evangélicas prohibiendo el culto a las imágenes. Además eran hostiles al monacato y aceptaban dar culto a la Cruz pero sin imagen del Crucificado.

Tras el Concilio se ratificó la exposición de «las sagradas y santas imágenes (...) en las santas iglesias de Dios».³³ La imagen, arguye el Concilio, mueve en su contemplación al recuerdo del original y a tributarle el honor y la adoración debida. No es idolatrar la imagen sino, a través de la representación, honrar y adorar a la persona representada.

Conclusión

EL dogma cristológico se fue clarificando y consolidando durante los primeros ocho siglos de la historia de la Iglesia. Estos concilios asentaron las afirmaciones fundamentales de la fe cristiana. A través de ellos, por inspiración del Espíritu Santo, Cristo se nos da a conocer en su verdadera divinidad y humanidad. Unida a estas verdades en Cristo, María, Madre de Dios, Madre de la Iglesia y Madre de nuestra Iglesia, ilumina y nos guarda para la vida eterna.

La Epifanía y la huida a Egipto

RAMÓN GELPÍ

VINIERON DE ORIENTE...

Celebramos el 6 de enero la festividad de la Epifanía. Esta palabra procede del vocablo griego *Epifaneia*, que significa aparición exterior, es decir, manifestación; y es una fiesta muy relevante para los cristianos de rito oriental. En Occidente lo asociamos al reconocimiento de Cristo por los gentiles que se produce expresamente por la Adoración de los Magos.

Contemplando la vida de Cristo vamos a detenernos en este hecho misterioso de manifestación divina, y que además va a influir de forma determinante en los planes de san José. En efecto, si el nacimiento de Jesús se ha producido en Belén, a causa del providencial decreto de empadronamiento, por otra parte, la persecución de Herodes que tendrá lugar como consecuencia de la visita de los Magos, alterará nuevamente la vida de la Sagrada Familia. San José deberá emigrar por dos veces y finalmente volverse a establecer en su antiguo lugar de origen, Nazaret. Veamos como es esto narrado en los evangelios concordados que nos sirven de referencia.

La Adoración de los Magos es relatada por san Mateo a continuación de la Natividad. Se supone, no obstante, que la Presentación y Purificación narrada por san Lucas ocurrió entre ambos acontecimientos.

Cuánto tiempo transcurrió no es fácil de establecer, pero sabiendo que la matanza de inocentes que ordenó Herodes, se refería a niños de hasta dos años, parece lógico pensar que la Adoración no fue un hecho inmediato al nacimiento de Jesús.

De los Magos no se sabe mucho, y las tradiciones no son absolutamente fiables. De hecho la aparición de estos extranjeros no deja de ser un misterio, obra de la divina Providencia. Se les denomina Magos, porque estudiaban las estrellas —en aquellos tiempos no estaba delimitada como hoy la frontera entre la astronomía y la astrología— y dice el Evangelio que venían de Oriente. Muchos suponen que procedían de Persia.

De la estrella de Belén también se han hecho muchas especulaciones, suponiéndola un cometa, o también una conjunción planetaria. Ciertamente esto es irrelevante si tenemos en cuenta lo extraordinario del hecho de que desde lejanas tierras, unos es-

La adoración de los Magos: Mt 2,1-2

«... Habiendo pues, nacido Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del oriente a Jerusalén unos Magos, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo...»

tudiosos del firmamento tuvieran conocimiento de que había nacido Jesús. Hay que admitir una intervención providencial de Dios que, a través de lo que supieran o creyeran estos Magos, les hizo seguir un fenómeno que les llevó hasta Belén. Este fenómeno pudo ser un hecho natural, o ser también un hecho extraordinario; lo cierto es que les hizo emprender el viaje.

Una cosa más que llama la atención al leer el pasaje de san Mateo es el lugar en el que se produce la adoración. En nuestras representaciones tradicionales del Belén, los Magos adoran al Niño Jesús en la cueva, recostado en el pesebre, pero el texto evangélico dice «y entrando en la casa, vieron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron». Evidentemente ya no estaban en la cueva, que sólo debieron ocupar exclusivamente para el Nacimiento. Lógicamente además, el Niño Jesús dormiría en una cuna, como todos los niños. De hecho se veneran reliquias de ella, en Belén y en Roma.

En todo caso, se puede suponer que desde el Nacimiento hasta la Epifanía debieron transcurrir alrededor de dos años, y que probablemente, la Sagrada Familia se había instalado de forma estable en Belén, en la tierra de sus antepasados. Esto último puede ser particularmente ilustrativo para comprender los hechos que sucedieron a continuación.

Así pues, como sabemos, san José recibió en sueños un aviso para proteger al Niño de la criminal ambición de Herodes. En efecto, tras hablar con los Magos en el suntuoso palacio de Jerusalén que poseía cerca de la actual puerta de Jafa, decidió eliminar al futuro Rey de los Judíos que acababa de nacer. Por esto san José, que como se supone se había establecido ya en Belén, se ve obligado a emigrar a Egipto.



Degüello de los Inocentes (miniatura del siglo IX).- A la izquierda, un verdugo levanta con la mano un niño y se vuelve hacia Herodes, como para preguntarle si hay que matarlo. A la derecha, el legendario episodio de Santa Isabel huyendo de los soldados, con su hijo Juan Bautista en brazos, y escondiéndose en una roca que se entrecruza para recibirlos. A la derecha, Zacarías derribado por un soldado.

LA PERSECUCIÓN DE HERODES

Herodes el Grande ha pasado a la historia como un monarca muy cruel. Su dinastía fue impuesta por Roma tras su colaboración en la derrota de los monarcas asmoneos que facilitó la dominación romana en todo el territorio. El pueblo judío lo consideraba un extranjero (no era judío sino idumeo) y el amplio poder que le concedió el Imperio, lo mantuvo con mano de hierro.

Duro es el juicio que Flavio Josefo nos transmite de él cuando, algunos decenios más tarde, escribe sobre Herodes: «No fue un rey sino el tirano más cruel que jamás haya gobernado un país. Ha asesinado a una multitud de personas y la suerte de aquellas que dejó con vida fue tan triste, que envidiaban la suerte de los sacrificados... Durante los treinta y seis años de su reinado apenas si hubo un día en que no se cumpliera una pena de muerte.»

«Herodes no respetaba a nadie, ni siquiera a su propia familia... En la lista de sus asesinatos figuran dos esposos de su hermana Salomé, su mujer Mariamme y sus hijos Alejandro y Aristóbulo. Hizo ahogar a su cuñado en el Jordán y eliminó a su suegra Alejandra... Cinco días antes de su muerte hizo aún asesinar a su hijo Antípater.»

De la degollación de los Inocentes no hay más constancia histórica que la del evangelio de san Mateo. Fue un acto de crueldad extrema, pero dentro del contexto de la vida del Tirano queda realmente como una más. No es extraño por tanto que fuera capaz de ello.

¿Cuántos niños inocentes hizo matar Herodes, queriendo eliminar al Supremo Rey? No debieron ser muchos, porque los pueblos de los alrededores de Jerusalén no estarían muy poblados. La tradición dice que la persecución afectó también a san Juan Bautista, y que éste fue ocultado por santa Isabel. También algunos dicen que Zacarías fue asesinado por los soldados de Herodes, y a esto quizás se refería Jesús en Lucas 11, 51.

La matanza de los Inocentes: Mt 2,16

«... Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y sus alrededores, de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia se había informado de los Magos...»

REVUELTAS EN JERUSALÉN

«José temió ir allí»

«... Muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño. Levantándose, tomó al niño y a la madre y partió hacia la tierra de Israel. Mas habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, temió ir allá y, advertido en sueños se retiró a la región de Galilea ...»

Según la narración de Josefo, «... En vez de duelo por la muerte de Herodes se elevan lamentos y quejas por sus inocentes víctimas. El pueblo reclama venganza por Yehuda ben Serifa y Matatías ben Margolot, que fueron quemados como teas humanas. Arquelao contesta mandando sus tropas a Jerusalén... En un solo día se producen tres mil víctimas. Durante la presentación de Arquelao ante el emperador Augusto en Roma, estalla una revuelta en Jerusalén y es enviada a Jerusalén una legión romana. Se produce un baño de sangre.»

Tal es la situación, cuando san José vuelve de Egipto al morir Herodes (pocos meses después de la huida de Belén). Por esto José «temió ir allí» y decide regresar a Galilea, estableciéndose nuevamente en Nazaret. Hay que tener en cuenta que, al dividirse el reino después de la muerte de Herodes, la jurisdicción de Arquelao se ceñía exclusivamente al ámbito de Judea. Es por esto que la Sagrada Familia quedaba a salvo en Nazaret.

Benedicto XIII, el primer papa que quiso introducir la fiesta del Corazón de Jesús en la Iglesia

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«El santo Padre está inclinado a conceder la aprobación oficial del culto de este divino Corazón» (Carta del padre Galliffet a Felipe V el 22 de diciembre de 1725)

YA vimos como Dios permitió que la flaqueza de los hombres y el obrar del demonio demoraran el cumplimiento de su deseo, manifestado a santa Margarita María, de que la fiesta del Corazón de Jesús se introdujera oficialmente en la liturgia de la Iglesia para que así su devoción se generalizara para todos los fieles de la Cristiandad. Vimos también como esta demora permitió a sus apóstoles difundir ampliamente su mensaje de misericordia entre el sencillo pueblo cristiano, erigiendo centenares de cofradías y congregaciones al divino Corazón, que eran aprobadas e indulgenciadas por la Santa Sede. Esta extensa difusión de la devoción por tantos lugares del viejo y nuevo mundo sería invocada como argumento para decretar en 1765 la autorización oficial de la fiesta del Corazón de Jesús en la Iglesia.

La noticia de las revelaciones de Paray-le-Monial y del deseo del Corazón de Jesús de que se instaurase su fiesta había llegado a Roma a los pocos años de la muerte de santa Margarita María, pero, transcurrido ya más de un tercio de siglo, no se creía llegado el momento de atenderlo.

Fueron tales los prejuicios, oposiciones y dificultades que tuvo que superar la devoción surgida de Paray-le-Monial en su primer siglo de vida, que ni tan siquiera la personal voluntad de Papas devotos a ella podían superarlas, lo que demuestra que, de haber sido proyecto humano, la fiesta no se hubiera instituido.

El cardenal dominico Pietro Francesco Orsini, elegido papa como Benedicto XIII

INOCENCIO XIII había fallecido en marzo de 1724. Tras dos meses de debates y como candidato de compromiso fue elegido papa el cardenal dominico de 75 años Pietro Francesco Orsini (fray Vi-

cente María en su orden.) Desde el cónclave fue conducido al Vaticano en silla gestatoria, pero al llegar se apeó, besó el santo suelo, y se dirigió por su pie a la capilla del Santísimo Sacramento de la basílica. Los maestros de ceremonias le advirtieron que se apartaba de los usos establecidos, y les respondió: «*Nos ni siquiera somos dignos de ser barrendero de este santo lugar.*» Tomó el nombre de Benedicto XIII.

Modernos historiadores eclesiásticos le encasillan como un pobre *zelanti* —es decir, defensor intransigente de los derechos de Dios y de su Iglesia—, *espiritualista* y *reaccionario*, y lo mejor que dicen de él es que fue modelo de monje austero y piadoso, sin adscripción política, ajeno a la malicia del mundo y de la corte, cuyas mayores preocupaciones eran las de un obispo rural: hacer cumplir las disposiciones del concilio de Trento al ordenar que en todas las diócesis de Italia se abrieran seminarios, y ridiculizan su celo por la santidad del clero, por prohibir la ostentación y elegante vestimenta de algunos eclesiásticos a los que no permitió llevar peluca, pues, ocultando la tonsura, disimulaban su ordenación.

Atribuyen a su piedad sencilla de monje devoto el que introdujera a san José en las letanías; y la canonización de san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka a ser amigo de los jesuitas. Ludovico Pastor en su historia del pontificado reconoce que Benedicto XIII fue uno de los papas más piadosos y humildes; se admira de que después de su elección como sucesor de san Pedro siguiera viviendo como el religioso fray Vicente María, durmiendo sobre tabla en su cama de fraile y besando la mano del general de su orden dominicana, pero le descalifica diciendo que «*poseía la sencillez evangélica de la paloma, pero no la astucia suficiente para eludir la maldad humana, pues, ajeno al mundo y sin conocimiento de los hombres, se fió con ingenuidad y credulidad casi infantil de confidentes favoritos que le engañaron*», y concluye con algo obvio pero injusto: «*no basta ser un religioso excelente para ser también un Papa capaz*».

Glorifica al papa san Gregorio VII y desata las iras de regalistas e ilustrados

SUS censores atacan a Benedicto XIII por la que consideran grave falta de prescribir en 1728 que se celebrara anualmente el 25 de mayo en toda la Iglesia la memoria del gran papa Gregorio VII, canonizado por Paulo V un siglo antes, redactando él personalmente tanto el oficio del Breviario como la Misa. En la relación histórica de las lecciones del Breviario se mencionaba, naturalmente alabándole, el proceder de Gregorio VII contra Enrique IV, y en ella el Papa había escrito: «*Permaneció impávido, fuerte como atleta, frente a los impíos ataques del emperador Enrique, y no temió ponerse a sí mismo como muro de la casa de Israel, y caído Enrique en la profundidad de los males, le privó de la comunión de los fieles y del reino, liberando a sus súbditos de su juramento de fidelidad con él.*»

Regalistas, galicanos, jansenistas, filósofos, ilustrados y parlamentarios se rasgaron las vestiduras indignados, y prohibieron la publicación del texto del breviario, alegando que resultaba políticamente inadmisibles en estos sus ilustrados tiempos la justificación de la conducta del santo monje Hildebrando al deponer a un emperador que se enfrentaba abierta y orgullosamente a la Iglesia, pretendiendo someterla, pues suponía un atentado al absolutismo vigente de reyes y príncipes. Confortado, sin duda, por san Gregorio, Benedicto XIII, como él, no se dejó amedrentar por estos rugidos amenazantes, y en 29 de diciembre de 1729 declaró nulos y sin fuerza alguna de obligar todos los decretos de las autoridades civiles promulgados contra el Oficio del Breviario prescrito por él como cabeza de la Iglesia.

Los historiadores moderados e ilustrados de su siglo y del siglo XIX le tildan por ello de imprudente, y los modernistas actuales se escandalizan. Unos y otros censuran su decisión como muestra de su falta de talento y oportunidad política. Hasta monseñor Próspero Lambertini, el ilustrado canonista y experto diplomático de la Curia romana, a quien este humilde papa hizo cardenal y pedía consejo, le descalifica escribiendo que al tomar esta decisión demostró «no tener ni la más remota idea de lo que es gobernar.»

Pero el piadoso papa sabía bien lo que hacía previendo proféticamente la tormenta que se avecinaba, y que desde Francia desataría sobre Europa sesenta años más tarde, y advertía de los males que llueven sobre los hombres y los pueblos cuando los poderes políticos, rechazando la luz de la Iglesia de Cristo, se enfrentan orgullosamente a Dios.

«El Santo Padre –Benedicto XIII– está inclinado a conceder la aprobación oficial del culto de este

divino Corazón» (carta del padre Galliffet a Felipe V el 22 de diciembre de 1725)

Benedicto XIII era personalmente devoto del Corazón de Jesús y quería cumplir su deseo manifestado a Margarita María de instaurar su fiesta en la Iglesia el viernes siguiente a la octava del Corpus. Apoyaba los planes del padre Galliffet de propiciar el ambiente en la Curia romana y así en 1727 aceptó la dedicatoria de su libro *De cultu sacrosancti Cordis Dei ac Domini Nostri Jesu Christi* que habían examinado y aprobado varios censores, entre ellos Próspero Lambertini. Benedicto XIII emitirá más de ochenta breves de indulgencias a las nuevas cofradías del Sagrado Corazón que las solicitaban, entre ellas el 27 de enero de 1728 a la fundada en Palma de Mallorca en honor de los Corazones de Jesús y María.

El padre Galliffet había dispuesto que los monasterios de la Visitación y distintas diócesis pidieran al Papa la instauración de la fiesta, solicitud que debía ser apoyada por las cortes de los reinos cristianos. Las oportunas instancias de los monasterios de las salesas llegarían puntuales a la Santa Sede, y también las de monseñor Enrique Belsunce suplicando la concesión a perpetuidad a su diócesis de Marsella del «privilegio de recitar el oficio y celebrar la misa del Corazón de Jesús, esto es, del mismo Señor Salvador nuestro que se compadece de los pecadores.» en acción de gracias por la repentina desaparición de la peste tras el voto público de celebrar la fiesta del Sagrado Corazón. El Papa accedió a esta solicitud, y tras ella, el padre Galliffet insta nueva demanda de monseñor Belsunce, del obispo de Ginebra, y del obispo de Cracovia, para que, invocando la constante devoción de sus fieles, envíen al Papa sus peticiones de instauración oficial de la fiesta del Corazón de Jesús ya para toda la Iglesia.

«Ha llegado ya el tiempo de alcanzar de la Santa Sede la aprobación oficial del culto de este divino Corazón. El Santo Padre está inclinado a concederla.»

ESTAS demandas debían ser apoyadas por las casas reinantes en los países católicos, y el padre Galliffet dirige los escritos de las hermanas de la Visitación de Turín al duque de Módena y al de Toscana, y los de las salesas polacas al rey Augusto II, en petición de la fiesta al Papa. Encarga al monasterio de la Visitación de Rouen que, por medio de la piadosa reina María Lezcinska, procure que su joven esposo el rey Luis XV inste también la petición de la fiesta. Este bisnieto de Luis XIV, al igual que su bisabuelo, no quiso pedir la fiesta del

Corazón de Jesús al Papa, y la reina sólo pudo lograr que apoyara las gestiones su embajador en Roma el cardenal Polignac. Ante la negativa del Borbón francés, pensó el padre Galliffet que podría sustituirle en la gestión su tío Felipe V desde el trono de España, donde, aun añorando los fastos de Versalles, reinaba en paz.

Sabía que Felipe era varón piadoso al que sus confesores jesuitas podían inclinar en favor del patrocinio de la causa ante la Santa Sede, y así le escribió en 22 de diciembre 1725: «Como V.M. ha prometido proteger las gestiones que se procuren para obtener de la Santa Sede la aprobación oficial del culto del Corazón adorable de Jesucristo y... el santo Padre está inclinado a concederla... se trata ahora de someter la cuestión a una Congregación de cardenales para que la Santa Sede decida sancionar la aprobación de la Misa y el Oficio propuestos para la fiesta del Sagrado Corazón. Pero como semejantes gracias suelen hallar multitud de dificultades, conviene recurrir para vencerlas al apoyo de alta Potestades... Tal es la gracia que imploramos de su Majestad en favor de la devoción al Corazón adorable de Jesucristo.» Felipe V, a vuelta de correo, ordenaba a su embajador en Roma y al cardenal Belluga que realizaran «con el Papa, como con los Cardenales que fueren destinados para el conocimiento de este negocio, los más eficaces oficios en su Real nombre», y hacía imprimir a sus expensas el libro *De Cultu* del padre Galliffet.

El padre Galliffet escribe a Felipe V para que solicite de Benedicto XIII el poder decirse en los reinos de las Españas la Misa y rezar el Oficio del Corazón de Jesús.

ANIMADO el padre Galliffet por la eficacia de los ruegos de los confesores jesuitas en el ánimo del monarca, en febrero de 1727 escribía de nuevo al rey de España, interesando ahora ya directamente «pedir al Papa para sus reinos la Misa y el Oficio propios para la fiesta del Sagrado Corazón, que el Rey de Polonia y el obispo de Cracovia lo han pedido ya para la Polonia». Felipe V cumplimentaba el encargo el 10 de marzo y escribía al Papa: «Muy Santo Padre: Deseando por mi parte concurrir a que se extienda y se propague la devoción al divino Corazón de Jesús, estoy persuadido de que esto se facilitará concediendo V. Santidad para todos mis reinos y dominios la Misa y el Oficio propio suyo...». Benedicto XIII, antes de contestar accediendo, esperó la próxima resolución de la petición presentada ya por el padre Galliffet ante la Congregación de Ritos, que todos le decían sería favorable. No sería así, pues la res-

puesta a su demanda fue la negativa diplomática de «non proposita», es decir no tratar la cuestión por inoportuna.

Benedicto XIII quiso promover este culto del Sacratísimo Corazón de Jesús, e instituir con este título una Congregación en Roma

PESE a ello, ni el padre Galliffet ni los promotores se desanimaron, y el piadoso pontífice quiso apoyarles introduciendo la nueva devoción en su diócesis de Roma, y encargó al cardenal vicario que promoviera la fundación en la ciudad de una cofradía dedicada al Corazón de Jesús, lo que hizo, no sin dificultades, en la iglesia de San Teodoro, pudiendo verse su retrato en la sala de la Archicofradía Romana, hoy en la iglesia de Santa María de la Paz, bajo el que se puede leer: «Benedicto XIII, Pontífice Máximo, recibidas cartas de la mayoría de obispos de la Galia que atestiguan que por la invocación del Sacratísimo Corazón de Jesús fueron librados de la peste, quiso promover este culto, y por su vicario Próspero Marefoschi instituir con este título una Congregación, lo que hizo en la fiesta de san Teodoro a 10 de febrero de 1729».

El padre Galliffet, por encargo del Papa, predicó en su inauguración, animando a los nuevos cofrades a trabajar y sufrir por la realización de las promesas anunciadas en Paray-le-Monial, trasmitiéndoles su convicción de que pronto podrían festejar al Sagrado Corazón del Redentor con toda la Iglesia universal. No iba a ser tan pronto, aunque el Corazón de Jesús, llevando a cabo sus proyectos, iba entonces a dejar caer la semilla de su devoción en dos jóvenes miembros de esta archicofradía romana allí presentes: eran san Leonardo de Porto-Mauricio, el popular fraile misionero que la predicaría por toda Italia, y Carlos Rezzonico, el cofrade Carlos de San Ignacio, a quien el Corazón de Jesús había destinado para que, treinta y seis años después, en 1765, autorizara su fiesta, siendo ya papa Clemente XIII.

«Con reverencia insinué que no debía accederse a la petición» (Mons. Próspero Lambertini, promotor de la Fe)

EL padre Galliffet hizo presentar por segunda vez la demanda de la fiesta ante la Congregación de Ritos en la confianza de que los cardenales no iban a desairar los deseos privados del Pontífice ni contrariar las indicaciones recibidas de los embajadores de las cortes católicas, pero

de nuevo en 1729, el prestigioso «abogado del diablo» monseñor Próspero Lambertini, que escribe: «con reverencia insinué que no debía accederse a la petición», desbarataba sus planes, y la Congregación respondía a su segunda demanda con respuesta «negative», es decir, de no autorización de la fiesta.

Al año siguiente, el 21 de febrero de 1730, moría el piadoso Benedicto XIII, y según su deseo era enterrado como un fraile más en la iglesia de los dominicos de Santa Maria sopra Minerva. Al morir poco después su amigo y protector el general de la Compañía Miguel Ángel Tamburini, el padre Galliffet decidió desistir de sus proyectos en Roma y volver a Francia. La causa de la devoción al Corazón de Jesús se tenía por oficialmente vencida, y sus enemigos se declaraban triunfantes en su intento de silenciarla.

Diez nuevos años de espera bajo el pontificado de Clemente XII

EN julio de 1730 era elegido papa Lorenzo Corsini, cardenal florentino de 78 años, amigo del esplendor, del arte y la diplomacia, cuyo palacio era el centro de la vida cultural e intelectual en Roma, y de quien se ha dicho que era la antítesis de su austero predecesor. A los dos años de su elección quedaba ciego, y en 1736 perdía la memoria, pasando los dos últimos de su vida en el lecho del dolor, por lo que los historiadores califican su pontificado de insignificante. Aunque persistía en Roma el ambiente desfavorable a la petición de la fiesta del Corazón de Jesús, a instancias de san

Leonardo de Puerto Mauricio, erigió en archicofradía universal a la cofradía romana establecida por su predecesor en la iglesia de San Teodoro.

En 1736 la reina María Lezcinska enviaba una nueva petición en demanda de la fiesta para Francia, y en 1738 se recibía en Roma otra del Concilio provincial de Tarragona, promovida por su arzobispo Pedro de Copons, con similar petición para España, demandas que ya no pudieron acceder al anciano Papa ciego y enfermo. Pese a ello la Santa Sede siguió expidiendo por centenares los breves de indulgencias a los peticionarios de las nuevas cofradías del Sagrado Corazón que sus apóstoles seguían erigiendo por toda la Cristiandad. Fueron 246 las cofradías a las que, tras su erección, Clemente XII envió breve de indulgencias durante sus diez años de pontificado, entre ellas a la de Zaragoza en 1731, en 1734 a la de Lorca, en 1735 a las de Madrid y Játiva, en 1738 a las de Logroño, Elorrio y Valencia, y en 1739 a las de Cádiz, Astorga y Lerín en Navarra.

En febrero de 1740 fallecía el anciano papa Clemente XII. Los devotos del Corazón de Jesús, aunque sabían que había dicho a su mensajera que su devoción se implantaría suave y dulcemente, y que sus apóstoles no debían angustiarse por «hacer más que lo que en cada momento les pidiera, ya que Él se encargaba de su triunfo», sentían renacer la esperanza de que el nuevo Papa iba a ser ya el elegido para instaurar su fiesta en el calendario litúrgico de la Iglesia universal.

De si esta esperanza se cumpliría ya, o si habría que esperar aun veinticinco años más, atendiendo la confidencia hecha a santa Margarita María: «Ya encontraré el modo de hacer que mis planes se realicen, incluso por medios que parezcan contraproducentes», trataremos en el próximo artículo.

Benedicto XIII era personalmente devoto del Corazón de Jesús y quería cumplir su deseo manifestado a Margarita María de instaurar su fiesta en la Iglesia el viernes siguiente a la octava del Corpus. Apoyaba los planes del padre Galliffet de propiciar el ambiente en la Curia romana y así en 1727 aceptó la dedicatoria de su libro *De cultu sacrosancti Cordis Dei ac Domini Nostri Jesu Christi* que habían examinado y aprobado varios censores, entre ellos Próspero Lambertini. Benedicto XIII emitiría más de ochenta breves de indulgencias a las nuevas cofradías del Sagrado Corazón que las solicitaban, entre ellas el 27 de enero de 1728 a la fundada en Palma de Mallorca en honor de los Corazones de Jesús y María.



Pequeñas lecciones de historia

San Vicente de Paúl, los hugonotes y los misioneros

GERARDO MANRESA

EN 1620, Vicente de Paúl estaba de capellán de la familia Gondi, general de las galeras de Francia, una de las familias aristocráticas de París. Dando una misión en la parroquia de Montmirail, la señora Gondi le invitó a encargarse de la instrucción de tres hugonotes para su conversión a la fe católica. Dichas personas iban diariamente a palacio donde monseñor Vicente les instruía. Pronto dos de ellos se mostraron convencidos, abjuraron de sus errores y se reintegraron a la fe de la Iglesia. Pero el tercero se mostró más reticente. Era un espíritu autosuficiente, aficionado a dogmatizar y de costumbres un tanto ligeras. Un día formuló una objeción que hirió a Vicente en el centro mismo de sus más vivas preocupaciones:

«Según usted, la Iglesia de Roma está dirigida por el Espíritu Santo; pero yo no lo puedo creer, puesto que, por una parte, se ve a los católicos del campo abandonados en manos de unos pastores viciosos e ignorantes que no conocen sus obligaciones y que no saben siquiera lo que es la religión cristiana; y, por otra parte, se ven las ciudades llenas de sacerdotes y de frailes que no hacen absolutamente nada; puede que sólo en París haya más de diez mil, mientras que esas pobres gentes del campo se encuentran en una ignorancia espantosa, por la que se pierden. ¿Y quiere usted convencerme de que esto está bajo la dirección del Espíritu Santo? No puedo creerlo».

Era la formulación más descarada que Vicente había oído del escándalo que a él mismo le venía royendo el corazón desde hacía tres años, pues hasta entonces Vicente fue también de esos sacerdotes que sólo pretendían conseguir un cargo con beneficios y prebendas.

La reforma del clero, que el Concilio de Trento había traído a la Iglesia, no había llegado aún a Francia, que por su tendencia galicana consideraba que este Concilio acentuaba demasiado la dependencia de Roma. En Francia el clero seguía con los mismos defectos que durante tantos siglos había intentado eliminar la Iglesia. Por ello aunque los hechos no eran exactamente como decía el hereje, Vicente se sintió afectado y dolido, porque él también estaba implicado en esta reforma.

Al año siguiente, 1621, le tocó a Vicente predicar la misión en Marchais y otros pueblecitos de los alrededores de Montmirail. Le acompañaba, como siempre, un grupo de sacerdotes y religiosos amigos, entre

ellos destacaban dos profesores de la Sorbona. Nadie se acordaba ya del fallido converso de Montmirail, pero él no se había olvidado de Vicente y por curiosidad fue a presenciar los ejercicios de la misión. Fue testigo del interés con que se instruía a los ignorantes, del empeño que se ponía en adaptarse a la capacidad de los más rudos, de las maravillosas conversiones de pecadores empedernidos.

Un día volvió a presentarse ante Vicente y le espetó: «Ahora he visto que el Espíritu Santo guía a la Iglesia romana, ya que se preocupa de la instrucción y de la salvación de estos pobres aldeanos. Estoy dispuesto a entrar en ella cuando usted quiera recibirme».

La alegría de Vicente fue muy grande al ver aquel hereje dispuesto a la conversión; pero todavía tuvo un último momento de vacilación y le preguntó:

«¿Cómo puede pensar la Iglesia romana que resida ninguna virtud sobrenatural en unos trozos de piedra tan mal modelados como, por ejemplo, esa Virgen que se venera en la iglesia de Marchais?»

Llamando a un niño de los que llenaban la iglesia en aquel momento, Vicente le hizo la misma pregunta y éste le contestó lo que decía el catecismo: «A las imágenes conviene rendirles el honor debido no por la materia de que están hechas, sino porque representan a nuestro Señor Jesucristo, a su gloriosa Madre y a los santos del paraíso, que, habiendo triunfado sobre el mundo, nos exhortan, por medio de esas imágenes mudas, a seguirles en su fe y en sus buenas obras».

Vicente le explicó y aclaró esta respuesta del niño y a los pocos días recibía la abjuración de aquel hereje en la parroquia de Marchais.

A Vicente le quedó para siempre grabado aquel episodio y más tarde lo refería a sus misioneros. El doble trabajo de la reforma de los sacerdotes y la evangelización de los pobres se la apareció bajo una nueva luz: su fuerza apologética frente a los cristianos separados de la Iglesia. Por eso siempre concluía esta narración a sus misioneros diciéndoles:

«¡Que dicha para nosotros, los misioneros, poder demostrar que el Espíritu Santo guía a su Iglesia trabajando como trabajamos para la instrucción y santificación de los más pobres!».

De esta forma crecía en sus misioneros el celo apostólico que permitiría cambiar la Iglesia francesa a pesar de todos los obstáculos que tenían que encontrar.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

La Iglesia en el pasado año 2005

EN el ya tradicional intercambio de felicitaciones navideñas entre los cardenales, arzobispos, obispos y miembros de la Curia romana y el Papa, Benedicto XVI realizó un amplio balance de lo que ha supuesto el recientemente finalizado año 2005 en la vida de la Iglesia.

Ante todo, el Santo Padre destacó «el fallecimiento de Juan Pablo II, precedido por un largo camino de sufrimiento y de pérdida gradual de la palabra»; un Papa que, «con sus palabras y sus obras, nos donó cosas grandes; pero no menos importante es la lección que nos dio desde la cátedra del sufrimiento y el silencio». «La respuesta que se dio en todo el mundo a la muerte del Papa fue una manifestación conmovedora de gratitud por el hecho de que él, en su ministerio, se ofreció totalmente a Dios por el mundo; gratitud por el hecho de que él, en un mundo lleno de odio y de violencia, nos enseñó nuevamente a amar y sufrir al servicio de los demás; por decirlo así, nos mostró de una forma viva al Redentor, la redención, y nos dio la certeza de que, de hecho, el mal no tiene la última palabra en el mundo.»

En segundo lugar, Benedicto XVI mencionó brevemente «dos acontecimientos, puestos en marcha por el papa Juan Pablo II: la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Colonia y el Sínodo de los obispos sobre la Eucaristía, con el que también se concluyó el Año de la Eucaristía». «La Jornada Mundial de la Juventud ha quedado grabada como un gran don en la memoria de todos los que estuvieron presentes. Más de un millón de jóvenes se reunieron en la ciudad de Colonia, situada junto al río Rin, y en las ciudades vecinas, para escuchar juntos la palabra de Dios, para orar juntos, para recibir los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía, para cantar y festejar juntos, para gozar de la existencia, y para adorar y recibir al Señor eucarístico en los grandes encuentros del sábado por la noche y el domingo». Tras la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, la carta apostólica *Mane nobiscum Domine* y la instrucción *Redemptionis Sacramentum*, parecía que nada nuevo se podía decir ya acerca de la Eucaristía pero las aportaciones de los padres sinodales reflejaron la riqueza de la vida eucarística de la Iglesia de hoy, manifestando que su fe eucarística es inagotable. «Para mí es conmovedor –recalcó Benedicto XVI– ver cómo por doquier en

la Iglesia se está despertando la alegría de la adoración eucarística y se manifiestan sus frutos.»

El cuarto gran acontecimiento del 2005 sobre el que el Papa quiso reflexionar fue la celebración de la clausura del Concilio Vaticano II hace cuarenta años, destacando que los problemas de recepción del mismo habidos en grandes zonas de la Iglesia surgieron de una incorrecta interpretación del concilio, la «hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura», que no ha causado más que confusión. Sin embargo, la «hermenéutica de la reforma», de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia que el Señor nos ha dado, sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del Pueblo de Dios en camino, de forma silenciosa pero cada vez más visible, ha dado y da frutos.

»Por último, ¿debo recordar una vez más aquel 19 de abril de este año 2005, en que el Colegio cardenalicio, con susto mío no pequeño, me eligió como sucesor del papa Juan Pablo II, como sucesor de san Pedro en la cátedra del Obispo de Roma? Esa tarea estaba totalmente fuera de lo que yo hubiera podido imaginar como vocación mía. Así, sólo gracias a un gran acto de confianza en Dios pude pronunciar con obediencia mi «sí» a esta elección. Como entonces, también hoy os pido a todos vuestra oración, con cuya fuerza y apoyo cuento...».

43 futuros beatos para la Iglesia y el mundo

EL pasado 19 de diciembre, durante una audiencia privada concedida al cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para la causa de los santos, el Papa autorizó la publicación de ocho decretos de reconocimiento del martirio o de milagros que abren las puertas de la beatificación a 43 futuros beatos, 34 de ellos mártires de la persecución religiosa en España.

Uno de los decretos reconoce el martirio de 22 frailes menores (franciscanos), entre quienes se encuentra el sacerdote Víctor Chumillas Fernández. Los otros mártires que serán beatificados son Antero Mateo García, padre de familia, de la Tercera Orden de Santo Domingo (1875-1936) y once compañeros mártires, hombres y mujeres de la Segunda y Tercera Orden de Santo Domingo.

El resto de los futuros beatos no mártires son seis

italianos (tres sacerdotes, una fundadora y dos religiosas), un sacerdote holandés misionero en Brasil, una fundadora alemana y Augustine Thevarparampil, sacerdote de la India, conocido como *Kunjachan* (pequeño sacerdote), de la eparquía de Palai fallecido hace tan sólo treinta y dos años (1891-1973) y que se dedicó a la casta de los intocables.

Casi tres millones de personas han viajado a Roma para ver a Benedicto XVI

AQUELLOS que han querido ver el atractivo y la fuerza del pontificado de Juan Pablo II como consecuencia del carácter y personalidad de Karol Wojtyla y no como manifestación de la bondad y misericordia de Cristo hacia los hombres a través del Sucesor de Pedro, el «otro Cristo», no han podido dejar de maravillarse con la masiva afluencia de peregrinos llegados a Roma en estos últimos nueve meses.

Desde el inicio de este pontificado, casi tres millones de personas han ido a Roma para participar con el anciano papa Benedicto XVI en las audiencias, celebraciones litúrgicas y ángelus, superando ya las espectaculares cifras alcanzadas por Juan Pablo II, y sin tener en cuenta al más de un millón de jóvenes que participó en las Jornadas Mundiales de la Juventud durante el mes de agosto, en Colonia –primer viaje internacional de Benedicto XVI– ni las más de doscientas mil personas con las que se encontró el 29 de mayo en Bari (su primer viaje a Italia).

26 misioneros murieron en 2005 por predicar a Cristo

SEGÚN recogía recientemente la agencia Zenit coincidiendo con la publicación del «Martirologio de la Iglesia contemporánea», un obispo, 20 sacerdotes, dos religiosos, dos religiosas y un laico se sumaron a la lista de agentes pastorales de misión que perdieron la vida de forma violenta durante el año 2005. Dicha cifra, que casi duplica la del año 2004, se refiere no sólo a los misioneros «ad gentes» en sentido estricto, sino a todo el personal eclesiástico asesinado o que sacrificó su vida con conciencia del riesgo que corría, sin abandonar su compromiso de testimonio y apostolado.

La cifra más elevada de víctimas se registró este año en el continente americano, con la pérdida de ocho sacerdotes, dos religiosas y dos religiosos. Por otro lado, «África fue bañada con la sangre de un obispo, 6 sacerdotes y un laico», «hallados asesinados» en sus residencias, «probablemente por delincuentes en busca de dinero fácil», «o eliminados de-

liberadamente, con ferocidad sanguinaria en Kenia, República Democrática del Congo, Congo (Brazzaville) y Nigeria». En Asia perdieron la vida a causa del Evangelio cuatro sacerdotes. Finalmente, Bélgica también fue escenario del asesinato de un sacerdote, igual que ocurrió en Rusia.

Nota del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española sobre la LOE

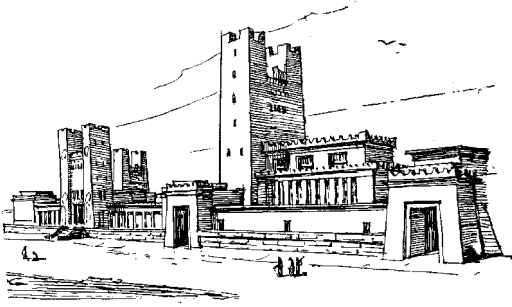
LA LOE enmendada sigue siendo un texto legal que no garantiza como es debido los derechos referentes a la libertad de enseñanza de los que son titulares los padres de los alumnos, en primer lugar, y, también, la iniciativa social. La ley no se inspira en el principio de subsidiariedad (...) Por el contrario, aunque atenuada en algunos aspectos, la concepción estatista de la educación como “servicio público” (art. 108, 5), cual si fuera un derecho originario del Estado y una competencia primariamente suya, sigue lastrando el conjunto del texto legal.

»Por lo que toca a la obligación y al derecho de los padres a educar a sus hijos de acuerdo con sus opciones pedagógicas y morales, eligiendo el proyecto educativo que les parezca más conducente a dicho fin, la LOE enmendada no regula adecuadamente dicho deber y derecho.

»La nueva asignatura llamada Educación para la ciudadanía sigue siendo obligatoria para todos los centros y todos los alumnos. Pero, como no se aclaran de modo preciso cuáles sean su finalidad y sus contenidos, persiste la posibilidad de que el Estado imponga a todos, por este medio, una formación moral al margen de la libre elección de los padres y de los centros, con lo que se vulneraría el derecho de libre elección en este campo (Constitución Española, art. 27. 1) y también el de libertad ideológica y religiosa (Constitución Española, art. 16. 1). Ha de quedar claro que esta asignatura no se convertirá, por ejemplo, en un medio de indoctrinación obligatoria en la “ideología del género”, a la que el texto enmendado de la LOE hace ahora alusión en la Exposición de motivos.

»El estatuto académico de la enseñanza de la religión católica sigue sin quedar reconocido de modo que se garantice su oferta, a quienes libremente opten por ella, como una asignatura equiparable a las demás materias fundamentales, sin que su elección suponga discriminación alguna ni para los que la cursen ni para quienes no lo hagan. Todo ello va en detrimento de la dignidad académica e incluso del futuro de esta enseñanza...

»Los motivos de preocupación, son, pues, graves.»



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
SANTIAGO ALSINA

Muere Frederick Ashworth a los 93 años: instrumento del holocausto cristiano católico japonés

FUE el responsable de lanzar la bomba atómica de Nagasaki. La segunda bomba atómica de la historia fue lanzada sobre Nagasaki tres días después de que, el 6 de agosto de 1945, se lanzara la primera sobre Hiroshima, hace ahora sesenta años.

Nagasaki fue el holocausto cristiano católico japonés. La ciudad japonesa seguía siendo el centro del catolicismo japonés, y de raíz 'ibérica'; allí se ubicaba la mayor catedral de Oriente, consagrada a Nuestra Señora en 1917, levantada con las aportaciones propias de la comunidad católica ante la indiferencia de las autoridades japonesas y el desprecio bushido hacia lo occidental.

Eran las 11.02 de la mañana del 9 de agosto de 1945 cuando se lanzó la bomba sobre Nagasaki. La aguja de la catedral de Nuestra Señora en el distrito del valle del río Urakami fue el hito que guió al observador del B29 para orientarse. Según el propio Ashworth, la misión estuvo repleta de problemas. Tras permanecer 35 minutos esperando a los dos aviones que debían guiarles, le indicó al comandante del avión que se dirigiera al primer objetivo, la ciudad de Kokura. Sin embargo, la ciudad estaba completamente cubierta de nubes, así que se dirigieron al segundo objetivo, el puerto de Nagasaki, su fábrica militar de Mitsubishi y sus imponentes astilleros.

Al llegar se encontraron también fuerte nubosidad, por lo que Ashworth relata que él mismo sugirió a los pilotos que buscasen el objetivo por radar para lanzar la bomba. Las órdenes establecían que para arrojar a Fat Boy debían de tener contacto visual con la ciudad y prohibían el uso del radar.

Sin casi combustible, con sólo la opción de pasar una vez sobre la ciudad, empezaron a aproximarse con el radar cuando el encargado de buscar el puerto empezó a gritar que había claros en las nubes. A través de ellos vieron parte de la localidad y arrojaron el temible explosivo. La bomba no cayó sobre la vertical de la ciudad y ello, junto con la orografía de la zona, con colinas y montañas alrededor, ayudó a frenar la onda expansiva, aunque la cifra final

de víctimas entre aquella jornada y los fallecidos por las secuelas se estima en torno a las 140.000 personas; la gran mayoría fueron cristianos católicos.

La bomba sobre Nagasaki ha sido una gran incógnita: la guarnición militar era sólo el 3 por 100 de la población total; el complejo industrial Mitsubishi carecía de combustible desde hacía semanas. Un bloqueo naval, ¿no habría bastado para imponer la rendición al Japón, que ya estaba arrasado de arriba a abajo por los bombardeos convencionales? Todos los puertos y bahías del país habían sido minados por los aviones norteamericanos, no existía flota japonesa ni mercante ni militar, el mando japonés no tenía medios para repatriar a más de 35 divisiones aisladas en China, Manchuria y el Sudeste asiático. El emperador Hiro Hito y el primer ministro Kantaro Suzuki ya habían iniciado contactos para la paz antes de la masacre de Hiroshima. La URSS también había declarado la guerra al Japón, la sombra del hambre aparecería en cuestión de días...

El Papa recuerda que sin verdad no es posible la paz

EL Papa ha repasado la actualidad mundial en su reunión anual con el cuerpo diplomático destinado en Ciudad del Vaticano. En esta ocasión, centró su alocución en la precariedad del mundo en que vivimos, sacudido por guerras o, en otras regiones, viviendo bajo la amenaza muy tangible de un conflicto. Para Benedicto XVI la raíz de esta situación se encuentra en el rechazo de la verdad:

«La paz —lo constatamos con dolor— en muchas partes del mundo está impedida, herida o amenazada. ¿Cuál es el camino hacia la paz? En el Mensaje que he dirigido para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz de este año he querido afirmar: “Donde y cuando el hombre se deja iluminar por el resplandor de la verdad, emprende de modo casi natural el camino de la paz” (n. 3). En la verdad, la paz».

Y sigue el Papa recordando cómo la mentira institucionalizada por determinados regímenes políticos está en el origen de las amenazas que sufrimos: «El compromiso por la verdad es el alma de la

justicia. Quien se compromete por la verdad debe rechazar la ley del más fuerte, que se basa en la mentira y que –en el ámbito nacional e internacional– tantas veces ha provocado tragedias en la historia del hombre. La mentira a menudo se presenta con una apariencia de verdad, pero en realidad siempre es selectiva y tendenciosa, orientada egoísticamente a instrumentalizar al hombre y, en definitiva, a anularlo. Sistemas políticos del pasado, pero no sólo del pasado, son un amargo ejemplo de ello».

Y tras citar al Líbano, Iraq y la región de los Grandes Lagos, Benedicto XVI señala el terrorismo como el gran peligro de nuestro tiempo, especialmente cuando apela a Dios para segar vidas inocentes: «Estas consideraciones pueden aplicarse de una manera más amplia al contexto mundial actual, en el cual sin duda se ha vislumbrado el peligro de un choque de civilizaciones. El peligro se hace más agudo por el terrorismo organizado, que se extiende ya a escala mundial. Sus causas son numerosas y complejas, además de las ideológicas y políticas, unidas a aberrantes concepciones religiosas. El terrorismo no duda en atacar a personas inermes, sin ninguna distinción, o en imponer chantajes inhumanos, provocando el pánico en poblaciones enteras, para obligar a los responsables políticos a favorecer los planes de los terroristas mismos. Ninguna circunstancia puede justificar esta actividad criminal, que llena de infamia a quien la realiza y que es mucho más deplorable cuando se apoya en una religión, rebajando así la pura verdad de Dios a la medida de la propia ceguera y perversión moral».

Resolución del Parlamento contra los países que no aceptan las uniones homosexuales

EL pasado 18 de enero, con 468 votos a favor, 149 en contra y 41 abstenciones, el Parlamento Europeo aprobó una resolución que condena como «homofóbicos» a los estados que se opongan al reconocimiento de las parejas entre personas del mismo sexo. Se daba así un nuevo paso hacia la imposición en Europa de la dictadura secularista que se abate sobre nuestro continente. La resolución, que no es vinculante, pero constituye un punto de referencia para las legislaciones nacionales, contó con el apoyo, entre otros, de buena parte del Partido Popular Europeo, así como del Partido Socialista Europeo, de los Verdes, Comunistas y otros.

En declaraciones a la agencia de noticias Zenit, el vicepresidente del Parlamento Europeo, Mario Mauro, afirma que «ha sido aprobado un documento ideológico que tiene muy poco que ver con la con-

creta tutela de los derechos fundamentales de las personas, sino que suena mucho más como un manifiesto que saluda la destrucción de los valores que han originado la Unión Europea como proyecto político». Recordando que el documento hace referencia a la libertad religiosa como «fuente de discriminación», Mauro concluye que «aprobandos tales textos, abiertamente en contradicción con los tratados e incluso el sentido común, se obtiene como único resultado favorecer el distanciamiento de los ciudadanos de nuestras instituciones».

Quien también ha hablado ha sido otro eurodiputado italiano (los eurodiputados españoles han guardado un penoso silencio), Riccardo Cascioli, presidente del Centro Europeo de Estudios sobre Población, Ambiente y Desarrollo (CESPAS), quien ha declarado que «es evidente que los derechos humanos se han convertido en un pretexto para afirmar una ideología que no sólo no tiene nada que ver con el bien de la persona sino que incluso es fuente de violencia contra personas, comunidades y pueblos».

Sobre las numerosas críticas dirigidas por varios europarlamentarios al papa Benedicto XVI durante el debate de la Resolución, el 16 de enero en Estrasburgo, Cascioli observó que «también esto, además de ser un fenómeno recurrente, es parte de una estrategia global de ataque a la Iglesia».

La Iglesia católica, último vestigio de la españolidad de El Sahara

LA Iglesia católica de El Aaiún es el último vestigio de la españolidad en el Sahara Occidental después de 30 años de la retirada española. La parroquia de El Aaiún está precisamente frente a la residencia del walí o gobernador alauita. En la capital de El Sahara hay unos veinticinco católicos. A éstos se añaden algunos soldados de la Minurso (Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum en el Sahara Occidental), con lo que pueden llegar a veces a los cien feligreses.

Es en esta parroquia donde el oficial español reparte la jubilación en mano a los saharauis que sirvieron en la Agrupación de Tropas Nómadas y en la policía territorial, dependientes ambas del Gobierno Militar de El Sahara hasta 1975. Estos se dirigen a la antigua Villa Cisneros, hoy llamado El Aaiún y Dakhla, para recibir las rentas vitalicias que estos veteranos perciben en contraprestación de «los servicios rendidos a la patria».

Quedan ya pocos veteranos, algo más de un centenar, que reciben la parca jubilación de entre 18 y 30 euros, pero traducido en moneda local les da unos 300 dirhams, con lo que una familia puede sobrevivir. Esto es todo lo que queda de la presencia española en el Sahara Occidental. Fueron soldados, policías, suboficiales, administrativos que sirvieron a la ya extinguida administración española hasta la Transición.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

FRANCISCO VARO

Rabí Jesús de Nazaret

BAC, Col.: *Estudios y ensayos*, 78

Madrid, 2005

Aún hay personas que se preguntan si existió realmente Jesús. Por sorprendente que parezca se ponen más objeciones a la existencia de ese hombre que se decía Dios que a otros personajes de la antigüedad. El tema es aún más grave porque existe más información sobre Jesús de Nazaret que sobre otras personas cuya existencia nadie cuestiona. Lógicamente el tema no es sólo de crítica histórica sino que, siempre, subyace una posición ideológica previa que es la que acaba imponiéndose.

Ese hecho no debe hacernos olvidar, sin embargo, que la confesión de Jesús como Mesías Salvador no invalida la investigación. Podríamos conformarnos con lo que nos enseña la Iglesia. Pero las distintas ciencias históricas nos ayudan también a conocer su existencia.

Francisco Varo en este ensayo realiza un importante esfuerzo por sintetizar los resultados de la investigación actual sobre la existencia histórica de Jesús. En primer lugar nos hace una buena presentación del país en que vivió. La geografía, las clases sociales, un poco de historia, las gentes, los idiomas... abren el libro. Realmente ofrece información útil, bien estructurada y que nos permite una panorámica completa de la Palestina del siglo primero.

A continuación, en un apartado más interesante si cabe, nos habla de la educación que podía recibir un niño judío. Podía ser la que tuviera Jesús. Es muy probable. Y en varios capítulos desglosa la singularidad de Jesús como Rabí. De entrada, a diferencia de lo que era costumbre, no le eligen los discípulos a él, sino que llama a los que quiere, y encima les indica que el seguimiento va a ser exigente. Cierto

que hay paralelismos entre la forma de explicar parábolas Jesús y otros rabinos. Pero también hay diferencias muy singulares. Además, Jesús explica los mandamientos de una forma nueva, contraponiendo lo que habían oído sus oyentes con lo que él les enseñaba. El autor no omite el controvertido tema de los milagros y expulsión de demonios que los Evangelios atribuyen a Jesús. Es más, señala que algunas palabras de Jesús no resultarían comprensibles en ausencia de esos hechos sobrenaturales.

Acertadamente el autor se detiene en la explicación de la Pascua judía y, basándose en las fuentes hebreas y romanas, reconstruye lo que pudo ser la pasión y muerte de Jesús así como su sepultura.

A partir de ahí, después de un camino ceñido totalmente a las exigencias de la ciencia histórica, se nos plantea el hecho de la resurrección. Es verdad que no hay experiencia directa de ese acontecimiento, pero no es menos cierto que el impacto producido en los apóstoles y discípulos del Nazareno crucificado, nadie es capaz de explicarlo si no es por un hecho extraordinario. Ahora bien, reconocer que Jesús es Dios no es nunca el resultado de una investigación, por rigurosa que sea, sino algo posible con el auxilio de la gracia. Acertadamente también, después de esos últimos capítulos el autor trata de la Virgen María. El misterio de la Madre se ilumina a través del Hijo, de ahí que sea bueno reservarla para el final en el itinerario metodológico escogido.

Este libro es apologético, en el mejor sentido de la palabra. Servirá para disipar fantasmas en los que tienen fe y a veces dudan por cualquier argumento, por lo general poco solvente. Pero es también una preciosa introducción para conocer a Jesús. Francisco Varo nos advierte de que no es una biografía al uso. Se lo agradecemos, porque gracias a eso tiene también muchos otros valores añadidos que recomiendan su lectura.





emos leído

ALDOBRANDO VALS

Italia descubre el asesinato de 129 sacerdotes tras la segunda guerra mundial

La agencia de noticias católica Zenit nos informa de la conmoción acaecida en Italia a raíz de las investigaciones referidas a los asesinatos de sacerdotes por parte de los milicianos comunistas justo al acabar la contienda. Unos sucesos que, como señala el propio investigador, tiene claras referencias y vinculaciones con uno de los episodios más trágicos pero también más ejemplares de la historia española, el martirio de tantos por odio hacia Cristo durante nuestra guerra civil. Reproducimos a continuación la entrevista publicada por Zenit:

Al final de la segunda guerra mundial, cuando parecía que la violencia había acabado, bandas armadas comunistas acabaron en Italia con miles de vidas, entre ellas las de 129 sacerdotes y miles de católicos.

Para profundizar en aquellos hechos, Marco Pirina, fundó el Centro de Estudios Históricos «Silentes Loquimur» (Silenciosamente hablamos), y tras recuperar en 1992 los restos de 68 personas arrojados en una fosa, llevó a cabo una intensa investigación en documentos, testimonios, informes de las fuerzas del orden y de prensa de la época para «devolver dignidad a la memoria de los sepultados y desaparecidos».

Dos volúmenes, de 500 páginas cada uno, nacieron de las investigaciones del Centro de Estudios Históricos «Silentes Loquimur». Llevan por título «1945-1947, Guerra Civil» y «1945-1947, la Revolución Roja». Zenit ha entrevistado a Marco Pirina.

—En el curso de sus investigaciones, ha documentado la matanza perpetrada respecto a quienes se oponían o podían ser obstáculo a la difusión de la ideología comunista en el período 1944-1947. ¿Puede proporcionar algunos datos?

—Pirina: Partamos de un dato científico, que son las denuncias pre-

sentadas a las autoridades judiciales, carabineros, etc., en el territorio italiano. Excluyendo las zonas de Istria y de Dalmacia, que ya no estaban bajo control de la autoridad italiana, y donde en cualquier caso se llevó a cabo una matanza por parte de las tropas de Tito, tenemos un total de 50.380 desaparecidos: de 12.000 de ellos jamás se hallaron sus cuerpos. De estas víctimas sólo una pequeña parte estaba implicada con el anterior régimen fascista.

—¿Cuántos eran sacerdotes o seminaristas y cuántos representantes y militantes de asociaciones católicas?

—Pirina: Los datos documentan la responsabilidad probada de militantes comunistas en el asesinato de 110 sacerdotes. Analizando los desaparecidos provincia por provincia hemos llegado a contar un total de 129 sacerdotes asesinados. De 19 se desconocen sus asesinos, si bien parece un dato cierto que, acabada la guerra, con los nazi-fascistas derrotados, sobre todo partisanos socialcomunistas alimentaban un odio sistemático contra la religión católica y eran también capaces de organizar y llevar a cabo homicidios.

Por lo que respecta a los dirigentes católicos, basta decir que sólo en Bolonia desaparecieron cerca de 160 campesinos católicos que no querían formar parte de las cooperativas rojas y no estaban de acuerdo con ser sometidos a las organizaciones comunistas.

Militantes comunistas tampoco tuvieron piedad de partisanos católicos que combatían a los nazi-fascistas. Entre el 8 y el 12 de febrero de 1945, en Porzûs (en Friuli), un grupo de partisanos católicos pertenecientes a la «brigada Osoppo» fue masacrada por una brigada comunista encabezada por Mario Toffanin. Entre las víctimas se contó «Ermes», nombre de batalla de Guido, hermano del escritor Pier-Paolo Pasolini. Los comunistas asesinaron a los partisanos cristianos porque se oponían a la política de alianza con las

tropas de Tito, quien quería la anexión de territorios italianos a Eslovenia. Hay que decir que entre los muchos laicos asesinados hubo también socialistas y comunistas que no compartían las directrices del Partido.

—En la causa de beatificación y canonización del seminarista Rolando Rivi, la Iglesia católica habla de martirio, esto es, un crimen cometido en odio a la fe. ¿Cuántos casos similares conoce usted?

—Pirina: Las historias de martirio son muchas y distintas; recuerdo algunas. El padre Angelo Tarticchio, sacado de su casa por partisanos yugoslavos, fue primero golpeado entre blasfemias e insultos, después asesinado junto a otros 43 prisioneros atados con alambre de púas y arrojado a una mina de bauxita. No satisfechos, los partisanos yugoslavos exhumaron el cuerpo y se lo presentaron a su madre y a su hermana con una corona de alambre de púas en la cabeza.

El padre Miroslav Buselic, párroco de Mopaderno (en Istria) y subdirector del seminario de Pisino, fue degollado en la casa parroquial por partisanos comunistas el 24 de agosto de 1947. Su culpa fue haber acompañado a monseñor Jakob Ukmar en la Confirmación de 237 chavales, a pesar de la prohibición impuesta por los comunistas.

El obispo Ukmar fue golpeado brutalmente y se salvó sólo porque le dieron por muerto.

En 1956, en pleno régimen comunista, la diócesis puso en marcha secretamente la causa de beatificación de Miroslav Buselic. En 1992 la causa recibió el «nihil obstat» de la Santa Sede y el 28 de marzo de 2000 se abrió el proceso diocesano.

Francesco Bonifacio, un sacerdote dócil y piadoso, dedicado a obras de caridad, el 11 de agosto de 1946 fue sacado de su casa por las llamadas «guardias populares», asesinado y arrojado a una fosa. No se supo más de él. En 1998, después de que se publicó una biografía suya, se in-

trodujo la causa de beatificación.

El padre Giovanni Dorbolò fue arrojado a una fosa en mayo de 1945; el padre Nicola Fantela fue ahogado en Ragusa con una piedra al cuello el 25 de octubre de 1944; el padre Ugo Bardotti fue asesinado en Cevoli el 4 de febrero de 1951; en su lápida está escrito «asesinado en odio a la fe».

Lo más espeluznante de estas historias es el odio ejercido contra la fe católica y contra los sacerdotes que eran su expresión. Los asesinos no se contentaron con matarlos. Se trata de sacerdotes que no habían hecho mal a nadie; es más, eran ejemplo de caridad y de ayuda para todos.

El padre Giuseppe Lendini fue asesinado en Crocetta di Pavullo, en la provincia de Módena, el 21 de julio de 1945. Sus asesinos le golpearon y torturaron para «obligarle a blasfemar». Cuando se encontró su cuerpo, tenía varios huesos fracturados, estaba acribillado, su cráneo hecho pedazos y no tenía ojos.

El padre Giuseppe Tarozzi, de Riolo de Castefranco, fue cortado a trozos y metido en un horno. El padre Carlo Terenziani fue rociado con vino antes de acabar a golpe de metralla. El padre Giuseppe Jemmi fue golpeado, insultado y ridiculizado por partisanos comunistas antes de segarle con una ráfaga de ametralladora. En su sombrero se pegó una estrella roja. En 2004 «L'Osservatore Romano» pidió que se iniciara el proceso de beatificación del padre Jemmi.

—Historias muy parecidas a los mártires de España...

—Pirina: Muchos de los comisarios políticos de las formaciones partisanas y garibaldinas habían combatido en España en los años 1935-1936, cuando se disparaba a crucifijos, iglesias, imágenes de la Virgen, cuando fueron masacrados sacerdotes, religiosas, miembros de asociaciones católicas. Así, se repitió en Italia parte de lo que habían ya hecho en España.

En el funeral del padre Ugo Bardotti, el obispo de San Miniato no dudó en unir el asesinato del sacerdote de su diócesis al «clero mártir de la guerra de España y a la Iglesia perseguida en el bloque soviético del Este de Europa».

No hay futuro

Así titulaba su columna el lúci-

do y valiente Juan Manuel de Prada en ABC. No resulta agradable el oficio de profeta, bien lo sabía Jonás y todos aquellos encargados de hablar con palabras de verdad, y De Prada ya es persona non grata en los burladeros de la frívola intelectualidad progresista. Quizás nuestra compañía no sea de gran postín, pero que sepa que aquí tiene una casa amiga.

Hasta hace poco, las parejas sin descendencia eran miradas con una suerte de caridad compungida; presumíamos que, si no habían procreado, se debía a que alguna deficiencia orgánica se lo impedía. Tratábamos a estas parejas sin hijos con esa especie de funesta obsequiosidad que empleamos con los familiares de un difunto, cuando acudimos al velatorio a confortarlos. Ahora empieza a suceder lo contrario: a las parejas con hijos se les empieza a mirar con una mezcla de aprensión y desconfianza, como si fueran pringados a quienes el farmacéutico del barrio endosa las cajas de condones averiados; las parejas sin hijos, en cambio, son contempladas con una fascinada curiosidad, incluso con envidia. Se han convertido en un modelo social digno de emulación, en «creadores de tendencias»; incluso se les ha adjudicado una designación que suena risueña y megacool, «dinkies» (derivada del acrónimo DINK: «Double Income, No Kids»). Son parejas que han dimitido voluntariamente de la procreación, encerradas en la cápsula de un amor sin prolongaciones, como Narcisos atrapados en su fuente. Ya ni siquiera necesitan justificar las razones de su elección; pero, en caso de que alguien se las pregunte, responden con una munición orgullosa y archisabida: desean prolongar su juventud (pero en el fondo saben que son jóvenes fiambres, y que no hay modo más infalible de acelerar el advenimiento de la vejez que la compulsiva manía de disimularlo con afeites juveniles), desean alcanzar la estabilidad laboral (pero una vez alcanzado este objetivo, la ambición les dictará seguir ascendiendo), desean disfrutar de sus ratos de asueto, de sus vacaciones, y, sobre todo, de su dinero con una intensidad que no les permitiría la fundación de una familia.

No negaremos que haya razones

sociales, económicas, psicológicas e incluso ideológicas por las que entre los europeos se ha extendido un modelo de convivencia tan narcisista y ensimismado en el disfrute de un bienestar puramente material. Pero, más allá de estas razones coyunturales (que no son sino lastimosas coartadas), existe una razón mucho más honda, que es el hastío vital. El amor que no se prolonga en otro ser acaba sucumbiendo a la náusea de su propia esterilidad; esos «dinkies» que se juntan para inventar una forma de entrega postiza que en realidad es una forma de egoísmo recíproco encarnan, acaso sin saberlo, el emblema de un fin de época. Algo muy grave está ocurriendo, cuando un continente que atraviesa la etapa más próspera de su historia, que dispone de medios para combatir la enfermedad y prolongar la vida, que parece haberse sacudido la amenaza de las guerras, plagas y catástrofes naturales que en otras épocas diezmaron su población, presenta una tasa de nacimientos (sólo rectificada por el flujo de inmigrantes) que ha caído por debajo del nivel de sustitución. Algo muy grave está ocurriendo, cuando cada vez más europeos se niegan a crear una nueva generación.

Los pueblos que dimiten de la procreación son pueblos que han perdido la fe en el futuro. El suicidio demográfico, ese «arrebato de automutilación» (Solzhenitsyn) que está minando la vitalidad europea, delata la crisis de una forma de civilización. Falta una esperanza que dé sentido a nuestra vida y a nuestra historia. La debilitación del concepto de familia, el ombliguismo existencial, el egoísmo parasitario de las nuevas generaciones que postergan o declinan la oportunidad de reproducirse no son sino síntomas de esa crisis. Europa no sólo carece de recursos para mantener su civilización, sino que ni siquiera posee argumentos para prolongar su existencia. A este hastío vital que mata la imaginación, entorpece el deseo y niega el futuro humano se le considera, sin embargo, una «tendencia» digna de ser emulada. Ha llegado el momento de cerrar el quiosco y esperar la llegada de los bárbaros.

Divagación epifánica

La Epifanía es la fiesta de mayor grado litúrgico, desde el punto de vista de la manifestación del Niño Dios, que es Rey de reyes y Señor de los señores. En efecto, como dice el articulista de Cristiandad en su «Divagación epifánica», el Niño Dios es «Dominator de todas las cosas» y en sus manos está el Reino, la Potestad y el Imperio.

Como lo dice Juan Pablo II al instituir los misterios de Luz, después de la Epifanía, que es en realidad un misterio excelente de Luz, si pensamos en la vida pública de Jesús, el primer misterio es el del bautismo en el río Jordán, donde el Padre Eterno proclama la filiación divina y eter-

Como todos los años, hemos vivido durante los días navideños la emoción con que conmemoramos el Advenimiento del Niño Jesús; y ahora, este monumento de la piedad y de la ciencia de todos los siglos que es la liturgia de nuestra Iglesia, antes de hacemos pensar y sentir que este Niño fue un Redentor de nuestra generación y mártir de la Verdad, antes de explicarnos ningún extremo de su sublime doctrina moral, se apresura a exponer una de las principales verdades de nuestro dogma presentándonos a este niño indefenso y débil, nacido en la más absoluta pobreza (casi diríamos en la mitad de un camino galileo) como lo que realmente es, a saber: Rey de reyes y Señor de los señores y así, en la Epifanía que es la fiesta de mayor grado litúrgico y

na de su Hijo en el mismo momento del bautismo, donde también se hace presente el Espíritu Santo.

Nuestro querido y llorado redactor Enrique Freixa, que usaba habitualmente el seudónimo de Fraxinus Excelsior nos invita también a meditar la preciosa escena de Caná de Galilea, misterio también luminoso por excelencia, en que Cristo manifiesta ante sus discípulos el poder que tiene de transformar la naturaleza de las cosas a fin de proveer a nuestra felicidad.

En definitiva, la Epifanía es la primera fiesta de la manifestación a todos los pueblos, incluso gentiles, de la realeza de Cristo.

la inicial de este ciclo, le vemos recibiendo el debido homenaje de pleitesía y adoración por parte de los Señores y Magos de Oriente, que en esta ocasión representan a todas las sociedades de la gentilidad, y a este Niño aplica asimismo la Iglesia las palabras del profeta Malaquías que cantamos en los introitos de esta fiesta y de su octava: «He aquí que ha venido el Señor, Dominador de todas las cosas; en sus manos está el reino, la potestad y el imperio», seguidas de las palabras del salmo 71 en las que se pide al Señor que los derechos de juicio y la justicia sean dados a este Hijo del Rey.

De la misma manera que los reyes y los jueces del mundo se presentan ante nosotros bajo mantos y togas para impresionar de este modo más fácil-



mente nuestro ánimo, así también, en este período del año litúrgico en que la Iglesia nos hace considerar la divina realeza de Jesús, la glorifica conmemorando las múltiples ocasiones en que dicha divina realeza fue manifestada a los hombres, ya recordándonos la sublime escena del Bautismo de Jesús en aguas del Jordán, ya repitiendo las humildes palabras de aquel centurión gentil que reconoció el señorío y poder de Jesús sobre los fenómenos naturales.

Este continuo himno a la realeza sufre aparentemente en nuestra liturgia una solución de continuidad en la fiesta de la Sagrada Familia, introducida en época más reciente; en esta fiesta, guiados por la graciosa e inspirada pluma de san Lucas, que tanto supo de estas intimidades, sorprendemos la vida de este Rey en su hogar de Nazaret, y allá vemos que, de la misma manera que en la belleza de un cuerpo de adolescente se encerraba más doctrina que en todos los doctores, así también la obediencia de un hijo sumiso podía coexistir con la majestad y la soberanía del mayor de los reyes.

La Iglesia no nos propone la consideración de este delicioso pasaje del Evangelio según san Lucas, para satisfacer en nosotros la curiosidad que todos los súbditos sienten respecto a la vida privada de sus reyes, sino para preparar la comprensión de la tercera manifestación de la realeza de Jesús que aparece relatada en el fragmento del Evangelio, según san Juan, que se lee en la misa de dicho día.

En el primer milagro de su vida pública, milagro que tuvo lugar, como es sabido, en Caná de Galilea, Jesús instituye el sacramento del Matrimonio, proclamándose así Rey de los corazones y de los hogares, y al considerar con detención los detalles de este hecho prodigioso, observaremos, en primer lugar, la sobriedad en los medios de que se valió para producir milagrosamente el vino: su Reino verdaderamente no es de este mundo, es decir, no se vale para reinar de los recursos que salvan o hunden los reyes de este mundo; Él lo gobierna todo sin mediación de una burocracia, vence a sus enemigos sin emplear cañones ni buques, y nos alimenta y nos viste a todos (hasta los pájaros del bosque y hasta los lirios del campo) sin haber distribuido jamás cartillas de racionamiento. Entonces, también hizo vino sin disponer de otra cosa que de agua: como en muchos milagros que realizó en ocasiones posteriores, exigió a los favorecidos cierta aportación material, pero ésta fue evidentemente exigua y sin proporción con el resultado obtenido.

¿Y cuáles son los beneficios que conseguiremos los que en el interior de nuestros corazones nos reconozcamos súbditos de este Rey y como a tales nos sintamos en el seno de nuestros hogares y en nuestra actuación pública o social? Ved lo que dice un

observador imparcial de esta escena, el maestresala de la fiesta, testigo ciertamente de calidad: «Tu autem servasti bonum vinum usque adhuc». «Tú, al revés de los otros, has guardado el buen vino para el final». Esta frase fue motivada por la conocida costumbre de los judíos que en sus fiestas ofrecían los vinos de más calidad al principio del convite cuando los comensales conservaban todavía cierta serenidad en el juicio y en el paladar. Este versículo sugiere un infinito acervo de verdades que acaso no es posible resumir en un modesto ensayo como el presente: recuérdese, por ejemplo, cuán maravillado queda el bueno del maestresala al darse cuenta de lo avisados que eran los miembros de aquella familia que estaba bajo la protección del Señor y medítese asimismo sobre el hecho que únicamente el más poderoso de los reyes, que tiene seguros los más rotundos triunfos, puede tener la paciencia de dejar para el final la victoria de sus protegidos.

Pero tiene esta frase una significación particular que deseáramos apuntar aunque sólo fuese brevemente: recordando con frecuencia que en la Sagrada Escritura se atribuye al vino significados simbólicos relativos al placer y al amor se comprenderá la posibilidad de que en esta frase se formule a los matrimonios cristianos (unidos en la ley de Cristo y viviendo según ella) la promesa de que ellos, al revés de las demás uniones, encontrarán en la vejez alegrías y consuelos mejores que las de los placeres que unos y otros hallaron en su juventud.

Estos y muchos otros son los beneficios que nos alcanzarán por ser súbditos del Hijo de Dios cuya realeza quiere la Iglesia que consideremos en la fiesta de la Epifanía, y las dominicas siguientes. Estas son las meditaciones a que debemos entregarnos durante estas largas y tranquilas veladas de enero, que en las ciudades se acortan por el bullicio y la sensualidad de las fiestas mundanas, y que en el campo se alargan con la pereza y la molicie que rodean las lenguas llameantes del hogar.

Esto es lo que la Iglesia nos explica, mientras macizas masas de nieve inerte reposan cubriendo cimas y montes, y mientras allá en los campos la fría luz de la luna permite adivinar la silueta de los almendros bajo cuya corteza la savia empieza a moverse impulsada por el presentimiento de una nueva vida.

Si ahora en invierno no sentimos con verdadero sentimiento esta realeza de Jesús, no sabremos rendirle en Cuaresma el tributo de mortificación que nos pide, ni nos emocionaremos con la tragedia y la gloria de las jornadas pascales, y nuestros corazones serán terreno yermo cuando sobre ellos caiga la semilla de las lecciones morales que la liturgia nos explica en verano y en otoño.

Repitamos, pues, el canto que, con palabras del profeta Malaquías, entona la Iglesia repetidas veces estos días.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



El cristiano en la crisis de Europa

Autor: Joseph Ratzinger
Ediciones Cristiandad
100 páginas
8,5 €

Textos de Benedicto XVI compuestos inmediatamente antes de su elección. El Papa aborda temas que le son queridos: el sentido de Europa, el contraste cultural y su armonía, el compromiso cristiano en el presente. Benedicto XVI afirma que el juicio sobre la realidad no debe hacerse con independencia de

si Dios existe, sino apreciándola como don divino.



La esfera y la cruz

Autor: G.K. Chesterton
384 páginas
9,5 €

Un católico y un ateo intentan batirse en duelo, cada uno por defender sus ideas. No lo consiguen, pues siempre tienen que huir de las autoridades que tratan de impedirselo, lo que al final termina por convertirlos en aliados. En su huida en busca de un lugar donde librar el duelo la amistad de los dos forajidos va consolidándose precisa-

mente a partir de sus presupuestos ideológicos contrarios.

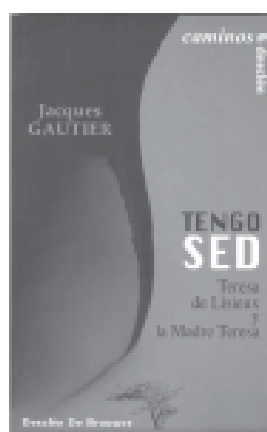


Cartas de la Madre Maravillas

Editorial Edibesa
508 páginas
18 €

Las cartas de la Madre Maravillas trazan los rasgos característicos de su recia y exquisita personalidad, su vivencia de Cristo, su solicitud por las necesidades ajenas siempre presentes en su oración. Son como la vida de la santa escrita por ella misma, al hilo de los acontecimientos que jalonaron su existencia y la de quienes tuvieron

la fortuna de relacionarse con ella.



Tengo sed. Teresa de Lisieux y la Madre Teresa

Autor: JACQUES GAUTIER
Editorial Desclée
122 páginas
9 €

Dios tiene sed, lo repiten continuamente Teresita y la Madre Teresa. La revelación de esta sed divina estuvo en el centro de la vocación de las dos Teresas: ser amor en la Iglesia y en el mundo. Esta vocación al amor nunca ha sido tan urgente como hoy en día. Teresa de Lisieux y la Madre Teresa

han saciado esta sed de Dios que desea ser amado.

CONTRAPORTADA

Con Cristo o contra Él

El gran problema planteado al mundo queda en pie tras casi dos mil años. Cristo radiante siempre en el centro de la historia y de la vida. Los hombres o están con Él y con su Iglesia, y en tal caso gozan de la luz, de la bondad, del orden y de la paz, o bien, están sin Él o contra Él y deliberadamente contra su Iglesia, con la consiguiente confusión y aspereza en las relaciones humanas y con persistentes peligros de guerras fratricidas. Los concilios ecuménicos, siempre que se celebran, son una actuación solemne de la unión de Cristo y de su Iglesia y conducen, por eso mismo, a una irradiación universal de la verdad, a la recta dirección de la vida individual, familiar y social; al robustecimiento de las energías espirituales, en elevación constante hacia los bienes verdaderos y eternos.

JUAN XXIII: Discurso de inauguración
del Concilio ecuménico Vaticano II
(11 de octubre de 1962)